

La Ilustración Artística

Año XX

BARCELONA 21 DE OCTUBRE DE 1901

Núm. 1.034

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



CREPÚSCULO, cuadro de Hugo König

ADVERTENCIA

Estamos procediendo á la encuadernación del cuarto tomo de la presente serie de la **Biblioteca Universal**, que próximamente repartiremos á nuestros suscriptores. Dicho tomo es el segundo y último de la obra **ASTRONOMÍA POPULAR. DESCRIPCIÓN GENERAL DEL CIELO**, nueva edición refundida de **EL TELESCOPIO MODERNO**, con inclusión de todos los descubrimientos efectuados hasta la fecha, por **D. Augusto T. Aramis**, de la Real Sociedad Astronómica de Londres.

La entusiasta acogida que ha tenido el primer tomo de esta obra es, al par que el mejor elogio que de ella puede hacerse, la mejor prueba del acierto con que procedimos al incluirla en la presente serie de la **Biblioteca Universal**, anticipándonos al deseo del público.

SUMARIO

Texto. - *Crónica de teatros*, por Eusebio Blasco. - *Pensamientos*. - *Paralelas*, por José Toral. - *Carmen Sylva*. - *Castel Peltesch*, de un artículo de Pierre Loti. - *Dragomira*, por Carmen Sylva. - *Mi visita á Nyón*, por Benito Gallego. - *Codicia y celos*, por F. Pi y Arsuaga. - *El lazareto de Frioul en Marsella*, por R. - *Nuestros grabados*. - *Miscelánea*. - *Problema de ajedrez*. - *Un misterio*, novela ilustrada (continuación). - *República Argentina. Buenos Aires. Concurso de carteles para anunciar el «coñac Domecq»*, por Justo Solsona. **Grabados.** - *Crepúsculo*, cuadro de Hugo König. - Dibujo de Triadó que ilustra el artículo *Paralelas*. - *Vista de la fachada Oeste del castillo de Pesch*. - *Habitación en donde trabaja Carmen Sylva*. - *Carmen Sylva, reina de Rumanía*. - *Esperando que pique*, cuadro de J. L. Wimbush. - *Vistas fotográficas del lazareto de Frioul en Marsella*. - *Batalla de romanos y germanos*, cuadro de P. Ivanowics. - *Abdur-Rahmán Khan, emir de Afghanistan*. - *Concurso de carteles en Buenos Aires para anunciar el «coñac Domecq»*. Carteles originales premiados de los Sres. Jiménez, Cao, Villalobos, Eusebi, Soto, Sanuy, D'Orlando y Gaspary. - *Cabrero murciano*, cuadro de Manuel Benedito.

CRÓNICA DE TEATROS

Jam horam est de somno surgere, dice la iglesia el día de Pascua.

Hay que despertar del sueño en que los fieles han vivido durante la cuaresma, quiere decir eso.

Y lo mismo decimos nosotros ahora al entrar en los templos del arte llamados teatros madrileños, que ya están todos abiertos y llenos de gente. Madrid vuelve á Madrid. Los *aguasos* y *playistas* tornan á sus hogares; se ven ya por las calles sombreros de copa y puestos de castañas. Las esquinas están llenas de carteles teatrales, listas de cómicos y anuncios de obras.

El primer teatro que ha abierto sus puertas ha sido el de Lara, tan simpático, tan frecuentado siempre por el público. Aquella casa tiene crédito muy grande, y en cuanto se inaugura la temporada, la empresa está segura de ver la sala llena todas las noches del año, así como suena. Es el único teatro en que no es posible dar entradas de favor, porque no hay nunca billetes sobrantes.

Este año la compañía ha sufrido gran renovación. Se fueron á América Balaguer y Larra, y les han substituído Romea y Rodríguez.

Había gran curiosidad por saber si *Manolo Rodríguez*, como le llama familiarmente el público, sabría hacer la comedia. ¿Por qué no?, decíamos al oír hablar de esto. Aquel actor tiene talento, y con talento se hace todo bien. Mientras ha estado en teatros de género grotesco, ha tenido que hacer cosas grotescas y hablar al público en *nequicio* para darle gusto. Una vez *trasplantado*, dará mejor fruto. Y así ha sucedido.

En las dos obritas en que ha tomado parte el popularísimo artista, ha sido recibido con gran aplauso y como si fuera un actor nuevo.

En cuanto á Julián Romea, ya maestro en el arte de representar comedias, tiene allí su puesto muy lógico, y será, además del primer actor de la compañía, un excelente director de escena.

La empresa cuenta con muchas obras en cartera y ha comenzado ya á ensayar *El nido*, de los hermanos Quintero.

* *

Es ya un hecho que el *Nuevo Teatro* abrirá sus puertas á fin de noviembre, y que será la novedad del año.

El inmueble es magnífico, la obra llevada á cabo por Berriatúa sorprenderá. La ópera española tendrá allí su teatro.

D. Miguel Ramos Carrión, felicísimo ingenio, gloria de nuestro teatro y el único que en una larga carrera literaria no ha tenido nunca fracasos, habiendo logrado que todas sus obras se hayan aplaudido y celebrado, ha escrito el libreto de la ópera española *Circe*, que ha puesto en música el maestro Chapí.

Puedo adelantar noticias de este trabajo. La otra noche, en íntimo círculo de amigos reunidos en casa del académico y eminente crítico D. Jacinto Octavio Picón, dió lectura Ramos Carrión del libro á que me refiero, y nos hizo pasar una hora deliciosa.

Circe es la primera ópera que ha de ponerse en escena en el nuevo teatro construído por el señor Berriatúa; ya se está ensayando, y pronto la veremos puesta en escena, porque con ella ha de inaugurarse el teatro aquel.

Circe es lo que se llama una grande ópera, con todas las de la ley. El libro es primoroso, y está escrito en hermosos y delicados versos, dignos de la fama de su autor. Hay en él de todo para el placer de los ojos, y será, á la vez que una obra literaria, un gran espectáculo. Bien puede adelantarse juicio sobre el estreno, sobre todo sabiendo que el maestro Chapí, según mis noticias, ha hecho un trabajo que los inteligentes califican de grandioso.

El gran maestro pasa en estos momentos por el mayor de los dolores, y ha tenido que suspender los ensayos de su nueva creación por el más triste de los motivos. Ha perdido una hija de veintiocho años, hermosísima, que ha dejado este mundo cuando tenía á la vista el *trousseau* de novia...

Este es el único drama de que tengo que dar cuenta en mi crónica; porque los dramas de la vida son los más terribles, los que nunca se olvidan. Y Chapí ha debido estimar más que las mil ovaciones que ha recibido en su vida, la gran manifestación de duelo que se le hizo á la hora del entierro de la hija adorada.

* *

La Gobernadora. Este es el título del primer estreno del año. Y por ser el primero y saber el público que la obra era de D. Jacinto Benavente, la sala del teatro de la Comedia estuvo el martes 8 de este mes llenísima de gente. Uno de esos estrenos para los que se pagan las butacas á cuatro duros y las galerías á cinco pesetas. Un acontecimiento, según nos dieron á entender con anticipación los periódicos con sus noticias anticipadas sobre la obra, los personajes, las decoraciones, los vestidos.

Es lo peor que puede hacerse, y lo más á propósito para perjudicar á las obras dramáticas. Al público no le gusta que le anticipen el éxito, ni que le digan con anterioridad al estreno que la comedia que va á ponerse en escena es muy notable. Las comedias deben ser y son sorpresas, la emoción del público queda defraudada con estos elogios preventivos. Al mismo tiempo, los espectadores crédulos que van al teatro confiados en estas alabanzas previas y pagan triple de su valor las localidades, son exigentísimos, y á la menor desilusión se llaman á engaño.

La Gobernadora no es ni la mejor ni la peor de las comedias de Benavente. Es, en su repertorio, una comedia más, con las frases intencionadas peculiares del autor, los chistes á veces crueles con que fustiga á la sociedad de su tiempo; una sátira antes que una comedia, una conversación amenísima antes que una obra de teatro. Apenas sucede nada en los tres actos que tiene la obra. Casi no hay asunto; y para hacer obras de este género en las que todo ha de supeditarse al diálogo, es preciso un enorme caudal de ingenio que nos haga olvidar la carencia de argumento y de acción. En *Lo cursi* logró el autor llevar á cabo tan colosal *tour de force*; en *La Gobernadora*, no.

El público, que tiene especial predilección por este autor joven y ya popularísimo, rió de muy buena gana con las palabras, pero no quedó completamente satisfecho de la obra, sobre todo del tercer acto, que es asainetado, flojo, indigno de tan gran ingenio.

Se aplaudió en los tres actos, y se llamó al autor á la escena, y salió varias veces, y la noche acabó con honra para todos, autor y actores; pero el público en los pasillos, la prensa al día siguiente, repitieron que esperaban más, que las comedias han de ser comedias ante todo, que no basta el *esprit* donde no hay un plan, una acción, algo que interese al espectador; y esta comedia entretiene, pero no interesa.

Las frases que el autor prodiga parecen de un hombre escéptico, cruel, enemigo de la humanidad; y sin embargo, Jacinto Benavente es un hombre bonísimo, con su corazón en su puesto y amante de todo lo que amamos todos, la familia, la amistad, la patria, el arte... Pero es de los que por un chiste de esos que *quedan*, sacrificaría á cualquiera, aunque lo sintiera después. Con toda su fama de modernista y de fustigador, y después de escribir *El marido*

de *la Téllez* y *La comida de las fieras*, se nos presentó en *Lo cursi* defendiendo lo español castizo, las grandes catedrales, los sentimientos puros del corazón humano, aquellas arracadas que aunque sean cursis las lleva el personaje porque las llevó su madre... ¿No es esta la obra de un español á la antigua española? Y sin embargo, en *La Gobernadora*, como en otras comedias suyas, dijérase que el autor no ve más que el lado perverso de la gente. «No hay una persona decente en toda la obra», decía Federico Balart la noche del estreno. «Es la manía aprendida en libros y periódicos franceses, de reírse de todo, de tomar á broma cuanto se ve y se oye, de hacer comedias á lo Lavedán ó libros á lo *Gyp*, lo cual, tratándose de Benavente, es imperdonable, porque le sobra ingenio propio para no tener que inspirarse en las crónicas del *Journal* ó en los libros de Zorrain ó de los *farceurs* de la moderna literatura francesa.»

Y conste que no quiero enseñarle con esto su verdadero camino, porque él lo sabe de memoria; pero se parece á los que hablan pestes de la religión por la noche en el casino, y luego á la mañana van á misa con la señora.

Benavente es malo en la escena y bueno en su casa. Con eso no se logra nada, porque al público no le importa que el autor sea malo ó bueno, lo que quiere es que la comedia que le ofrezca le emocione ó le divierta, le interese ó le haga pasar bien la noche. Y en el teatro no hay término medio.

* *

En la obra de que acabo de hablar ha trabajado como primer actor de la Comedia Morano, que hasta ahora había sido primer actor de Lara.

El paso que este estimable artista ha dado era peligroso y decisivo. Aunque ya se había conquistado buen nombre en el teatrillo de la Corredera Baja, no es lo mismo trabajar allí que en el coliseo de la calle del Príncipe.

Por eso la expectación del público era lógica, y Morano ha salido muy airoso de esta especie de examen á que el público le sometía.

Ha hecho muy bien su papel de secretario del gobierno de Moraleda; y en el segundo acto de la comedia de Benavente obtuvo aplausos legítimos y muy bien conquistados.

Otro actor joven y de porvenir en el teatro es Sepúlveda, que en un papel secundario llamó la atención del auditorio, que vió en él un futuro artista. Emparentado con D. Ricardo y D. Enrique Sepúlveda, de los cuales es, respectivamente, hijo y sobrino, este actor principiante viene á aumentar el contingente de artistas de familias distinguidas que se dedican con entusiasmo á la carrera de la escena.

* *

Y aquí dan fin las novedades de la primera quincena de la temporada de 1901 á 1902, que promete ser fecunda en novedades, porque en todos los teatros hay muchas obras en cartera.

EUSEBIO BLASCO.

PENSAMIENTOS

Sólo se ve bien lo que se observa con sinceridad. El que puede mirar con ojos serenos en su propio corazón, ha de ser por fuerza un hombre honrado.

SHAFTESBURY.

En las soledades de la conciencia se realizan los más hermosos misterios del hombre: en ella se refugian la inocencia desconocida, la debilidad oprimida, la desgracia inmerecida; en ella caen las lágrimas puras y las lágrimas vengadoras; y ningún templo, por santo que sea, ningún santuario por mucho que haya sido bendecido, está tan cerca de Dios como la conciencia del justo, y sobre todo del justo desgraciado.

LACORDAIRE.

¿Quieres ser siempre invencible? No te expongas nunca á un combate en el que no estés seguro de obtener la victoria.

EPICTETO.

El espíritu más fuerte es el que conoce mejor su debilidad.

LAMENNAIS.

El que mata á un hombre mata á un ser razonable creado á semejanza de Dios; pero el que destruye un buen libro destruye la razón misma y la propia representación de la Divinidad. Viven muchos hombres que son inútiles cargas en la tierra; en cambio, un buen libro es la substancia misma de un espíritu superior, recogida cuidadosamente y embalsamada para que le sobreviva.

MILTON.

El aburrimiento ha entrado en el mundo gracias á la pereza.

LA BRUYERE.



La *ella* de este cuento ó de esta historia era bella como la aurora, aunque no tenía sus rosados matices: alta, morena, pálida, boca perfectamente dibujada de labios delgados y algún tanto descoloridos en los que aparecía de vez en cuando una sonrisa dulce, pero triste y con dejos de amargura; añadid un pelo obscuro rizado en ondas naturales y unos ojos casi negros, con fulguraciones de abismo ó de cielos desconocidos, que descubrían un temperamento ardiente y soñador, y tendréis el retrato de Aurora, á la que podéis designar con otro nombre, si os place.

Y vamos á él, á Pepe, nombre vulgar mal avenido con el alma poética y el temperamento artístico de aquel joven de escasa estatura, de tez africana y ojos oscuros que también tenían brillantes fulguraciones cuando el *simoun* pasaba... Y pasaba frecuentemente.

Aurora era tenida por esquivia; y en verdad que muchos de sus adoradores se vieron amablemente detenidos en el camino de sus insinuaciones; pero no por coquetería ni menos por la mejor ó peor posición social del pretendiente, no; Aurora los rechazaba con suavidad porque no sentía por ellos amor, como ella lo entendiera; porque buscaba un alma gemela de la suya, un hombre que como ella sintiera hondo, pensara alto y expresase dulcemente; y los que hasta entonces la cortejaron eran superficiales, sentían poco, pensaban menos y eran... del montón.

Y así pasaba los años de su adolescencia, consumiéndose en ansias ideales; resignada unos días y con nerviosas impaciencias otros porque sus sueños encarnasen en la realidad.

Aurora y Pepe se conocieron, no sé cómo, ni al caso importa. En la primera entrevista Pepe sintió un atractivo misterioso que se desprendía de todo el ser de aquella joven; en las siguientes encontraba un placer desconocido en estar á su lado, en escuchar su conversación llena de ingenio y de espiritualidad; después deseaba con impaciencia que llegase el momento de una nueva entrevista.

Un día figurósele que un apuesto militar cortejaba á Aurora, y sintió que toda la luz del sol se apagaba y que desaparecían todas las armonías del mundo.

Estaba vencido.

**

— Yo bien sé, decía una noche Aurora, que para ir viviendo es preciso rebajar algo de lo que se sueña y levantar un poco del suelo la realidad; pero así y todo, tengo miedo de escarbar..., de llegar al fondo.

— De modo, contestó Pepe, que pasará usted la vida en actitud contemplativa, porque es difícil que usted pueda realizar sus sueños.

— Ya veremos. Por de pronto exijo mucho, porque ó no soy nada ó todo. Es repugnante casarse sin sentirse esposa, con todo lo que esto supone; entregarse sin ser *poseída*.

Pepe sentía que aquella mujer era *ella*; la de sus sueños, porque también como Aurora era un loco soñador; la realidad le había dado por fin un nombre y una forma humana, despertando en su alma una

pasión que, si apoyaba sus pies en la tierra, hundía su frente en lo infinito.

La realidad de las cosas, esa frase terrible que á cada momento nos detiene en nuestro camino, como fantasma de glacial indiferencia, tomaba para Pepe tan colosales proporciones, que á veces juzgaba imposible abrirse paso y llegar hasta Aurora.

Después de meditarlo mucho, guardó aquella pasión en su alma, como se recoge en vaso bien cerrado el perfume de una flor, y allí le rindió silencioso pero constante culto, comenzando á trabajar con fe, con amorosa impaciencia, para construir los cimientos de un hogar modesto, pero honrado, que fuera al mismo tiempo nido de amor, taller de obrero, templo, cielo...

**

El triunfo es casi siempre de la audacia. Pepe, que había trabajado en la obscuridad, que ya triunfaba, que ya pensaba explorar la voluntad de Aurora, supo un día, con la angustia del que siente desgajarse la rama que le suspende sobre el abismo, que Aurora no le pertenecía.

Más de un año transcurrió sin que Pepe viese á Aurora. Cuando de nuevo la encontró..., era otra vez libre.

¿Libre? No. Bien claramente se lo decía á Pepe en íntimas confidencias.

Una noche Aurora estaba tan triste; su cara tenía tal expresión de dulce melancolía, de cristiana resignación; su mirada se abismaba tanto en el vacío buscando algo que se agitaba ante sus ojos, que Pepe hubo de preguntarle qué tenía.

— Lo de siempre, respondió tristemente, con voz que parecía el eco lejano de una caricia; días grises y fríos, una fecha, una casa, quizá una esquina, ¡esperanzas muertas que salen á nuestro paso, ataviadas con todas las galas que tuvieron en vida, para que surja el contraste lleno de crueldad y de sarcasmo! Y no le dé usted vueltas; eso es lo que tengo. Quiero ahogar en mi alma esos sentimientos y no puedo. Se me imponen. Sin duda soñando subí muy alto y el golpe ha sido terrible.

— Sin embargo, con el tiempo y el auxilio de la voluntad llegará el olvido.

— ¡Olvidar! Hay muchas cosas que no se pueden borrar y otras que queremos recordar siempre.

— Todo renace, todo se renueva, y tengo la seguridad de que en usted se cumplirá esa ley; y *otro* vendrá, otro... con méritos y suerte para despertar en su alma nuevos amores, como despertó el arpa de Bécquer, ante la experta mano que supo pulsarla.

— No lo creo. Podrán otros traerme alegrías de ellos, me las prestarán si acaso, ¡pero las mías!.. Esas se las llevó él al marcharse. Además tengo bastante orgullo y nobleza para no permitir que nadie lea donde alguien ha leído una vez.

**

El tiempo, demoleedor implacable de todo lo que es humano, fué limpiando y removiendo la tierra en que brotara aquel amor de Aurora.

Pepe seguía enamorado profundamente de ella;

mientras más la trataba más se convencía de que el alma de ella era gemela de la suya. Aurora... también empezaba á pensar en Pepe.

Y sin embargo, entre los dos había un abismo. ¿Cómo iba Aurora á dejar entrar en su corazón el afecto de Pepe, que conocía, porque ella misma se lo confesó, todos los sentimientos que se habían albergado en sus pliegues? ¿No recordaría Pepe alguna vez aquellas palabras suyas de que «otros podrían darle alegrías, pero prestadas, de ellos; porque las verdaderas, las suyas, se las habían llevado? Si llegaban á casarse y alguna vez por las contrariedades de la vida se oscurecía su frente, ¿no creería él que la sombra del *otro* se interponía entre ambos?

Pepe, por su parte, se hacía tristemente análogas reflexiones.

Aquellos dos seres, nacidos el uno para el otro, siguen separados por un paso, por un punto quizá; los separa algo psicológico que es mucho ó nada.

Recorren tristemente el camino de la vida; van juntos, muy juntos; pero la conjunción no llega.

Son dos líneas paralelas que no pueden encontrarse.

JOSÉ TORAL.

(Dibujo de Triadó.)

CARMEN SYLVA, REINA DE RUMANÍA

Más que reina, S. M. Isabel de Rumanía es emperatriz del verbo.

Soberana de un reino de creación reciente, ejerce su imperio sobre millones de súbditos, y feroces revolucionarios conozco que se inclinan ante esa figura dos veces real. Nació en una corte alemana, adonde fué á buscarla el rey Carlos para ofrecerle un trono; pero en Francia es en donde ha recibido la suprema investidura, la consagración inmortal de la Fama.

Carmen Sylva es universalmente conocida y amada. Su prosa es un canto; parece rimada por el canto de los pájaros, por el murmullo de los arroyos de agua límpida, por el susurro de las hojas movidas por el viento otoñal.

Adora las leyendas y si es preciso las inventa; pero no esas leyendas valacas que infunden miedo y hacen estremecer, ni esas historias que narran en las aldeas las viejas durante las veladas de invierno, leyendas extrañas que aterrorizan á los mozos y vuelven supersticiosas á las mozas del lugar, sino esas dulces leyendas transmitidas de generación en generación al través de los siglos con tan conmovedor cuidado que parecen conservar su sabor medioeval y sus ropajes de otras edades.

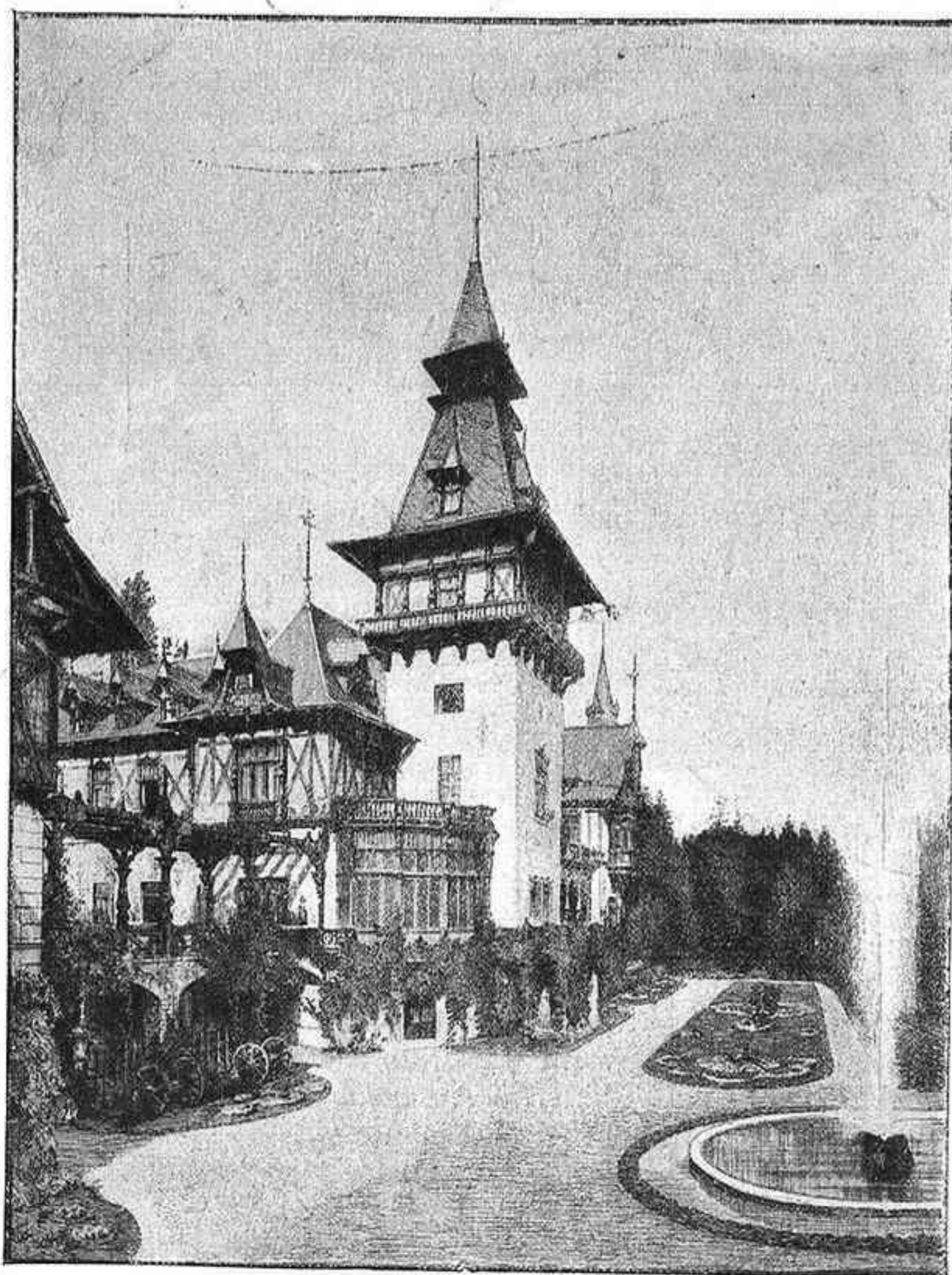
Leyendas que tan agradablemente impresionan á los que las leen como á los que las escuchan; que hacen soñar á los niños, como nuestros cuentos de hadas; que conmueven todavía á los hombres, haciendo revivir en su memoria los venturosos días de su infancia cuando, después de haber casi vaciado esa copa de amargura que se llama la Vida, no pueden saborear en este mundo otras alegrías que las alegrías, á veces tristes, del recuerdo.

Dotada de una imaginación ardiente, cuando Carmen Sylva, abandonando sus cuentos azules ó

dorados, trata de fijar lo que ve á su alrededor, lo que ha oído ó lo que parece haber atraído su atención, su alma, demasiado inmaterial para complacerse largo tiempo en la contemplación de la realidad, en el estudio de *lo que es*, escápase á pesar suyo, em-

ducido y comentado. Convéngase en que es difícil resistir á la tentación de poner ante los ojos de los que aman el lenguaje siempre lleno de imágenes de la augusta escritora rumanana, una página tan musical, tan verdadera, tan llena de miramientos á la

necesario recordar á Juana de Arco, ni á la hija del rey Dacio que pasó su brazo, á modo de cerrojo, en la puerta que cerraba el último asilo de su padre Dacebal, ni á las mártires, ni á las madres: el valor de la mujer está perfectamente demostrado, y para



Vista de la fachada Oeste del Castillo Pelesch, residencia de Carmen Sylva



Habitación en donde trabaja Carmen Sylva

prende su vuelo hacia el ensueño y pinta *lo que debiera ser*, evoca el ideal.

Sus vuelos son los de un poeta que fuese admitido en el concierto de los ángeles; su lira parece tallada en la media luna de la rubia Febé y tener por cuerdas cuatro de esos hilos de la Virgen que flotan en el azul del firmamento en las claras mañanas de agosto, en los suaves crepúsculos de septiembre.

De ese latid no pueden brotar en estrofas vigorosas himnos de guerra ó llamamientos heroicos; pero Su Majestad, rozándolo apenas con sus dedos augustos, tiene el don de hacer vibrar las almas escogidas, únicas para las cuales canta, almas delicadas, tiernas, refinadas por el sufrimiento, que encontrarán en esas arrulladoras rimas como un eco y al propio tiempo como un bálsamo á sus dolores.

Amante de las letras, protectora de las artes, es hermana de todos los que acarician un ideal y han sufrido.

La vida ordinaria de la reina ha sido referida tantas veces, que nos parece ocioso explicarla en sus detalles. Apenas se levanta, la música, la pintura, las excursiones al aire libre, los deberes de su cargo le dejan poco tiempo para meditar, lo cual no impide que haya reunido en un tomo el fruto de sus meditaciones, esos *Pensamientos de una Reina*, cuya concisión, rectitud y elevación de miras merecen las mayores alabanzas.

Contemplando con su mirada de águila, ora la vida en su conjunto, ora el amor con sus victorias y sus desfallecimientos, ya el espíritu en su sutilidad, ya el arte en todas sus manifestaciones bellas, bien el deber en su nobleza, bien el orgullo en el espejo de los Hohenzollern, forma un ramo espléndido con las mejores flores de su cerebro.

Sería para nosotros un gran placer que al terminar este estudio nuestros lectores aceptaran como un homenaje á la soberana cuya noble figura hemos intentado esbozar, la reproducción de una carta que Su Majestad se ha dignado enviarnos personalmente hace un año, contestando á una información que habíamos emprendido cerca de algunos psicólogos, filósofos, sabios, pedagogos, médicos y hasta *sportwomen* sobre «la mujer en los deportes modernos.»

La respuesta de la reina de Rumanía á nuestras tres preguntas es de una poesía evocadora tan intensa, que los periódicos de ambos mundos la han repro-

ducido y comentado. Convéngase en que es difícil resistir á la tentación de poner ante los ojos de los que aman el lenguaje siempre lleno de imágenes de la augusta escritora rumanana, una página tan musical, tan verdadera, tan llena de miramientos á la

Bucharest, 12 de marzo de 1900.

«Admito para la mujer todos los deportes de nuestros días, si se mantiene graciosa y emocionante como Sakuntala, si socorre á los menesterosos como

convencer de él al mundo no se necesitan los deportes. Si el deporte me inspira alguna inquietud, es porque temo que la moderna amazona mate al hombre caballeresco. — *Carmen Sylva.*»

¡Qué hermosa evocación, qué conmovedor cortejo el de esas santas, mártires y soberanas que bajo la feliz inspiración de la reina literata recuerdan á la mujer moderna las virtudes y las gracias que las han hecho seguir siendo mujeres hasta en su inmaterialidad inmortal!

E. LE GENISSEL D' ARNAVILLE.

CASTEL PELESCH

RESIDENCIA VERANIEGA DE LA REINA DE RUMANÍA

De un artículo del célebre escritor francés Pierre Loti tomamos los siguientes párrafos referentes al Castel Pelesch, que traducimos por creer que constituyen la descripción más bella de la residencia de Carmen Sylva.

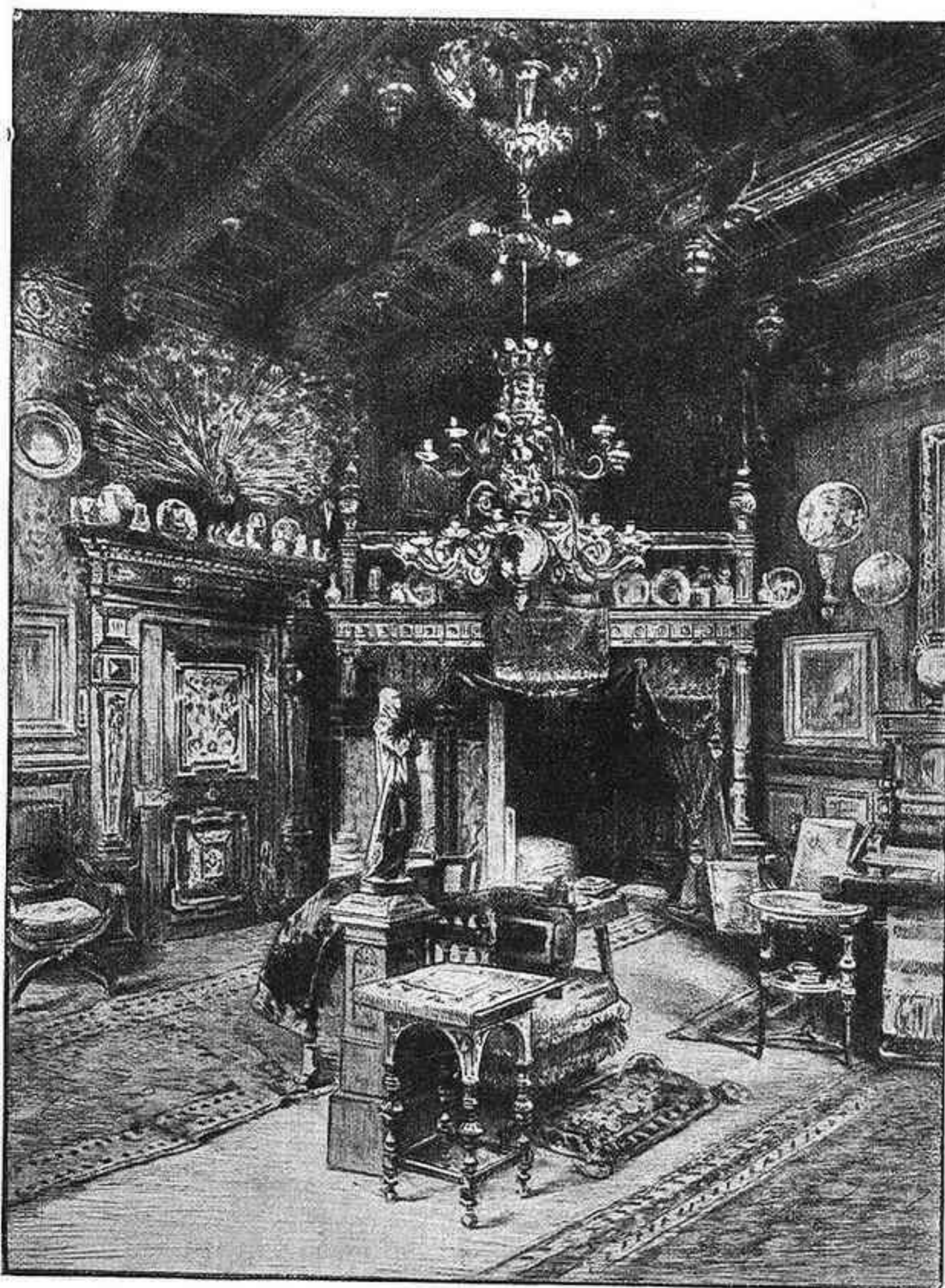
«En el curso de mi vida errante, detúveme un día en un castillo encantado, en la mansión de un hada.

«El lejano sonido del cuerno en los bosques tiene el poder de hacer revivir para mí los más pequeños detalles de mi estancia en aquella morada, y es que el castillo aquel estaba situado en medio de un extenso bosque, en el que constantemente se oían resonar trompetas de timbre grave que unas á otras se respondían como desde muy lejos...

«Cuando oigo el lejano sonido de trompetas, vuelvo á ver de pronto, tan claramente como si estuviese todavía en él, un gabinete regio (porque el hada de quien hablo es al mismo tiempo una reina), cuyas altas ventanas góticas se abren sobre una inmensidad de verdes abetos, apretados unos contra otros como en las selvas primitivas. El gabinete, lleno de objetos preciosos, es de una magnificencia algo sombría, de tintes indefinidos, granates atenuados que se tornan rojizos, oros oscurecidos, matices de fuego que se extinguen, con galerías á modo

de balconcitos interiores y grandes cortinajes que cubren los misteriosos rincones de las torrecillas... Y allí se me reaparece el hada, vestida de blanco con un largo velo, sentada delante de un caballete y pintando sobre pergamino, con fácil y ligera pincelada, maravillosas iluminaciones arcaicas en que predomina el oro, según el estilo bizantino...

«De todo aquel castillo de Sinaia, que en medio de aquel bosque parece una visión de artista conver-



Gabinete de Carmen Sylva

Santa Genoveva, si hace música como Santa Cecilia, si amamanta á tantos hijos como Blanca de Castilla, si hila como la reina Berta, si teje como Penélope, si borda como las antiguas princesas rumanas, si pinta libros de horas como Ana de Bretaña, si cuida á los heridos como Florencia Nightingale, si hace versos como Margarita de Navarra y como la emperatriz Isabel de Austria, si...

»Por lo que toca al valor de las mujeres, no creo

tida en realidad por la virtud de una varita mágica, nada ha quedado grabado con tanta precisión en mi memoria como aquel gabinete de la reina. Al que había sido autorizado para franquear aquellas dobles puertas y aquellos dorados cortinones, parecía penetrar en una región serena adonde tantas gentes y tantas cosas no podían llegar. Allí es donde mi pensamiento se complace especialmente en representarse á aquella reina cuyo huésped he sido. Cuando la soberana se paseaba por aquella estancia, la blancura de su traje se destacaba sobre el fondo oscuro de las tapicerías ó de las esculpidas maderas labradas por ejércitos de artistas. Cuando se sentaba á trabajar, desde el sitio que me había indicado el primer día y que luego seguí ocupando, veía destacarse su rostro sobre un grande y hermoso lienzo de Delacroix, *El sepelio de Jesucristo*. Y á sus lados siempre, las doncellas vestidas con trajes orientales completaban aquel cuadro que yo hubiera querido pintar. De cuando en cuando relevábanse aquellas damas de honor, todas diferentes unas de otras por su aspecto y por su fisonomía. Cuando una se marchaba, aparecía otra, que después de haber levantado los *portiers* de amplios y pesados pliegues, se deslizaba silenciosamente sobre la alfombra, hacía el gran saludo de corte y acudía á besar la mano de la reina, sentándose algunas veces en el suelo, á los pies de la soberana, y apoyando su cabeza en las rodillas de ésta con respetuoso mimo.

»Y entonces la reina, con sonrisa maternal llena de melancolía, decía: «Son mis hijas.»

»Creo que lo que daba un atractivo especial á aquella sonrisa era, más que todos los otros encantos, la extrema benevolencia, la suprema bondad.»

DRAGOMIRA

Suntuosa era la corte que en Batchiserai tenía Krim-Ghirai, jefe de los tártaros; jamás había visto tanto lujo de tapices, tanto oro refulgente, tantas piedras preciosas. Las riendas de los caballos deslumbaban, los estribos y las espuelas eran de oro puro, las mantas estaban recamadas de ricos bordados, y cuando Krim-Ghirai cabalgaba con su séquito, preguntábase el sol si no era aquel otro sol que cruzaba la tierra.

Figuraba en aquel séquito un joven rumano á quien, siendo aún niño, había el gran caudillo traído consigo de Sutchava. Era de estatura elegante, esbelto, flexible como un abeto y á su cabeza hermosa formaba marco una ensortijada cabellera; pero sus ojos tenían una expresión triste, porque á menudo se preguntaba quién era y nadie podía decírselo. Krim-Ghirai lo había arrebatado de los brazos de una mujer bella á la que había dado de puñaladas por haber lanzado algunos gritos, y el joven ignoraba si aquella mujer era su madre ó su nodriza.

Era un extranjero, un expósito, y sin embargo parecía que había de pertenecer á una raza noble.

Una noche, estaba en el patio del palacio de pie y apoyado en su árabe corcel que de cuando en cuando volvía hacia él la cabeza y le acariciaba la espalda con el hocico en señal de buena amistad.

Había realizado una larga excursión, y mientras

esperaba ser recibido por Krim-Ghirai para darle cuenta de su cometido, contemplaba con aire soñador la fuente que cabrilleaba á la luz de la luna.

Una mitad del palacio estaba envuelta en sombras; la otra aparecía iluminada por el astro nocturno.

La mirada del joven vagaba indiferente á lo largo de las ventanas de doradas rejas detrás de las cuales hallábase el harén de Krim-Ghirai. Contábanse mil

— Si eres cristiano, sálvame. Me llamo Dragomira.
— Te salvaré, tan cierto como que soy cristiano y me llamo Parvu.
Y la reja volvió á cerrarse rápidamente.

* *

Al otro día Krim-Ghirai partía para una nueva

expedición guerrera con todo su magnífico séquito. El Khan, que ostentaba en su gorro de pieles una media luna de diamantes, hacía caracolear su caballo, pues sabía que detrás de las enrejadas ventanas tenían fijos en él sus ojos todas las mujeres y las esclavas, y sobre todo la más hermosa de ellas, Dragomira, á quien había educado para él.

La fama de su belleza se había extendido hasta muy lejos, y más de uno de sus enemigos pensaba en arrebatarle su preciosa presa.

Habíanla amenazado con los más terribles castigos si se dejaba ver sin velo, y habíanle dicho que las plantas de sus pies sentirían los golpes de los azotes y que el más sombrío calabozo serviría de tumba á su hermosura.

Sus grandes ojos miraban al través de la reja, pero no á Krim-Ghirai, que le inspiraba horror, sino á Parvu, que galopaba al lado del caudillo y cuya imagen llevaba hacia tiempo grabada en el alma.

La expedición duró tres semanas apenas, y los tártaros, cargados de rico botín, regresaron á su patria.

Parvu había hecho prodigios de valor y salvado la vida á Ghirai parando un golpe de yatagán contra éste dirigido y partiendo al enemigo la cabeza.

El jefe reunió en la corte á sus leales y á todos recompensó generosamente. Después, volviéndose á Parvu le dijo:

— Y tú, hijo mío, has realizado grandes hazañas y no hay para ti recompensa bastante grande; pero acaso tengas algún deseo que yo puedo satisfacer, habla. Lo que pidas te será concedido; te doy de ello mi palabra de soberano.

Entonces Parvu espolea su caballo; á una señal de su mano, el noble bruto

dobla una rodilla y el joven con voz entera dice:

— Si á tu Magnificencia place satisfacer uno de mis deseos, ruégote que me des por esposa á tu esclava Dragomira, la cristiana.

Un silencio mortal reinó entre los circunstantes; todos tenían fijos con angustia sus ojos en el rostro de Ghirai, quien se había levantado súbitamente y rojo de cólera.

— ¿Conoces, pues, á Dragomira?, exclamó rechinando los dientes y mordiéndose el bigote.

— ¡Quién no la conoce! Pero no la pido por esposa á causa de su hermosura, sino porque es cristiana. Ghirai se calló y al fin pareció haber alcanzado una gran victoria sobre sí mismo.

— Sea; cumpliré mi palabra y hoy mismo se celebrará la boda.

* *

Dragomira lo había oído todo, ora palideciendo, ora sonrojándose, anhelante y como presa de vértigo, y al escuchar la respuesta del Khan, prosternóse y dió gracias á Dios porque la libraba de una existen-



CARMEN SYLVA, REINA DE RUMANÍA

historias de las huríes allí aprisionadas y escondidas, cuyo número sin cesar aumentaba sin que nunca quedara saciado el apetito del feroz tártaro.

Al joven cristiano la idea de aquel espectáculo le inspiraba horror, y con ello subían de punto su nostalgia y su tristeza.

De pronto una reja se abre, y alumbrado por la luna desde fuera y por los rojizos resplandores de una lámpara desde dentro, aparece, sin velo alguno, el más hermoso rostro de mujer que en su vida había visto. Tembló todo su cuerpo, tanto que el corcel alargó la cabeza como venteando un peligro que amenazaba á su dueño.

Los dos jóvenes se miraron cuál si sus ojos hubieran sido imanes y sus miradas encadenadas una á otra.

Oyéronse en aquel momento pasos en la escalera, cerróse la reja y el joven fué conducido á presencia del Khan.

A la siguiente noche, volvió á situarse junto á la fuente, y de nuevo surgió en la ventana la aparición, que á la noche inmediata se inclinó murmurando:

cia miserable y la hacía esposa de un generoso cristiano.

Iba á escapar á la vigilancia de la repugnante vieja que la había educado y á la envidia de las demás mujeres del harén, y á ser la esposa única y respetada del hombre á quien amaba entrañablemente.

Mandóse á buscar á toda prisa un sacerdote, y la joven maravillosamente adornada presentóse ante el héroe, que radiante de placer hubiera querido arrodillarse delante de ella como si fuese una aparición del otro mundo.

Terminada la ceremonia religiosa, los desposados se dirigieron á la cámara nupcial que para ellos se había preparado y que estaba decorada con chales de la India y de Persia. Un magnífico lecho les esperaba; una lámpara encendida balanceábase en el techo difundiendo una luz rosada por la perfumada estancia, adonde no llegaba ningún ruido del exterior.

Apenas hubo entrado en la habitación, Dragomira se arrojó á los pies de su esposo, y abrazándole las rodillas le dijo:

— ¡Te amaré como á un Dios y te adoraré como á un santo! Te serviré como á mi dueño, porque me has salvado de la deshonra, del contacto de un pagano. ¡Tuya será mi vida!

Parvu la atrajo sobre su pecho palpitante, despojóla de los adornos que de él la separaban y sintióse ebrio de gozo porque podía llamar su bien á la más hermosa de las vírgenes terrenales.

— ¡Te quiero más que á mi vida!, repetía sin cesar.

Y cuando al fin se calmaron, comenzaron á contarse sus sufrimientos, y sus recuerdos se remontaban lejos, cada vez más lejos, hasta la época en que ambos habían sido arrebatados de sus hogares.

— ¿Dónde te robaron?

— En Sutchava.

— A mí también, y aún me acuerdo del nombre de mi nodriza: se llamaba Tomasa.

— ¡También la mía!, exclamó Parvu.

— Tenía yo entonces todavía algunos hermanos pequeños; uno se llamaba Bogdan y el otro tenía en la nuca un lunarcito que yo me entretenía en tocar con el dedo.

Al oír esto, sobresaltóse Parvu, y apoyándose contra la pared, se cubrió el rostro con las manos.

— ¿Qué tienes?, preguntó Dragomira inquieta, incorporándose sobre un codo.

Entonces el joven se arrodilló delante de ella, y mostrándole su cuello le preguntó:

— ¿Qué es esto?

Dragomira exclamó, lanzando un grito desesperado:

— ¡Pero tú... no eres!.

— Sí, respondió Parvu, soy tu hermano.

Y se echó á llorar amargamente.

Largo rato pasaron tratando de convencerse de que no eran hermanos; pero sus razonamientos resultaban vanos: habían sido robados por gentes distintas y separadamente, y jamás habían vuelto á oír hablar el uno del otro.

Fué una triste escena de despedida toda aquella noche, y en cuanto amaneció se hicieron anunciar á Krim-Ghirai, el cual recibió asombrado á los dos jóvenes, que permanecían delante de él tristes y silenciosos, agobiados por el dolor.

— ¿De modo que habéis de morir?, les dijo el Khan cuando le hubieron relatado su funesto descubrimiento.

— Tal es nuestro deseo, porque nos pesa la vida.

— Pero sois cristianos, y cristianos han de ser los que os juzguen.

**

Reunióse un sínodo, compuesto de sacerdotes y laicos, quienes resolvieron que su ignorancia no merecía la muerte, pero que debían expiar su crimen construyendo cada uno un monasterio.

Y ambos regresaron tristemente á su país y fundaron dos conventos cerca de Sutchava. Parvu denominó al suyo Dragomira. En ellos vivieron siendo objeto de universal veneración, él como abad y ella como superiora, y en su lecho de muerte Dragomira no quiso recibir el Viático y la Extremaunción de otras manos que de las de Parvu.

Al besar éste la pálida frente de su hermana, su luenga barba blanca temblaba.

Sobrevivió un año apenas, y al fin se juntaron para siempre allí donde nadie podía ya separarlos.

CARMEN SYLVA.



ESPERANDO QUE PIQUE, cuadro de J. L. Wimbush

Exposición de la Real Academia de Londres (reproducción autorizada por el autor)

MI VISITA A NYON

Antes de mi llegada á Ginebra había leído maravillas de su hermosísimo lago y acerca del marcado color azul turquí de sus aguas, tan persistente que se nota bien á las claras, aun en los días de más espesa niebla. A medida que me acercaba á la simpática ciudad crecían mis deseos por contemplar aquella maravilla, y luego de instalado en Ginebra, ya quise recorrerlo en su mayor extensión de noventa kilómetros: la primera vez fuí de un tirón y pasando una tarde deliciosa hasta Villeneuve, y luego me dediqué, en sucesivos paseos, á visitar los pueblos del lado de Suiza, unas veces en vapor, otras á bordo de aquellas típicas embarcaciones del Lemán, con sus dos blancas velas cruzadas. En el primer caso, llegaban las excursiones hasta Lausana, solían pasar á Vevey ó Montreux, y tenían sus derivaciones á determinadas alturas. En el segundo caso, reducíanse á verdaderos paseos por el lago azul, y visitas, más ó menos prolongadas, casi siempre repetidas, á los pueblecillos de sus encantadoras márgenes.

De todos guardo gratísimas memorias, y al visitarlos de nuevo, diez años más tarde, renové sus recuerdos y los saludé como se saluda á los antiguos amigos después de larga ausencia. Muchas veces el límite de mis paseos por el lago ha sido Nyón, y en Nyón he pasado horas muy á mi gusto entregado á la contemplación de la Naturaleza, admirando la belleza de un paisaje único que se abarca desde las alturas del viejo castillo, situado en medio de la antigua villa y sobre una ligera eminencia que la domina por completo.

Nada supera en belleza á la salida de Ginebra por el lago, siguiendo la orilla suiza: el color de las aguas forma contraste con el de la abundante y variadísima vegetación; donde no hay árboles, vense magníficas praderas, y alegran la campiña multitud de casas de recreo, espléndidos palacios, en uno de los cuales está instalado un hermoso Museo, propiedad

de la ciudad, y cuanto puede demostrar el bienestar de un pueblo, libre y feliz por el trabajo. Cierto que la Naturaleza ha creado estas hermosuras reuniendo un conjunto de cosas á cual más bella; pero el hombre ha sabido aquí aprovecharlas sin destruirlas; antes bien, es su labor realzarlas, conservándolas de continuo en la plenitud de su espléndida vida.

Contribuyen no poco á dar una nota alegre las aves del lago: en particular los cisnes son notables; de especie doméstica, volviéronse salvajes en pocos años; pululan en torno de las embarcaciones en los puertecitos, y al caer la tarde véese salir, en bandadas, hacia el interior del lago; pero muy de mañana retornan á sus habituales posiciones. Dicen que semejante maniobra hácela para burlar las asechanzas de los cazadores: en las orillas del lago está prohibida la caza, y por eso cada rada es un refugio para las aves durante el día y á la noche salen en demanda de sus guaridas. Quizá se explique mejor el hecho porque en torno de las embarcaciones y merced á lo que, por distracción, arrojan los viajeros, abunda y es más seguro el alimento.

A cada punto más hermoso, desarróllase el paisaje hasta Nyón, y si en esta orilla helvética vense ya los primeros viñedos, que se extienden luego por el cantón de Vaud y el bajo Valais, llegando hasta los que producen el renombrado vino blanco de Villeneuve, mirando á la orilla opuesta se divisa, coronada por aquel pico que se eleva á 4.800 metros sobre el nivel del mar, la nevada masa que constituye la cadena del Monte Blanco.

Está la primera parada del barco en Versoix, pueblo de cierta importancia, industrial y adelantado: es el esqueleto de una gran ciudad, nunca construída, varias veces proyectada para rivalizar y vencer á Ginebra, en un tiempo que Versoix pertenecía á Francia. No tiene más historia este bonitísimo y pintoresco pueblo, provisto, como todos los de Suiza, de magníficas escuelas y un buen hotel.

De Versoix no hay escala hasta Coppet, el pueblo de Necker y de madame Staël, de cuyos personajes conserva recuerdos, conforme se conservan en Genthod, aún más cerca de Ginebra, los de Saussure y Pictet. Coppet hállase situado admirablemente; el pueblo es pequeño,

tiene cierto atractivo, y los alrededores y la vista sobre el lago no son para descreitos, es menester verlos y sentir su admirable belleza. Aparte de esto, desde el retiro de la autora de *Corina* pueden emprenderse algunas excursiones interesantes, ya hacia el interior.

Otra escala es Céligny, casi una aldea, situada en una altura algo apartada del lago. Es lugar tranquilo y delicioso muy apropiado para el descanso de la labor intelectual: no hay en lugar tan pequeño grandes hoteles, pero se vive cómodo en aquel retiro y muy en contacto de la Naturaleza.

A medida que avanzamos se ensancha el lago azul, y al tender la vista á la orilla opuesta, descubrimos más clara, mayor y más distinta, la gran cadena de montañas con sus crestas coronadas de perpetuas nieves, produciendo en el ánimo de quien contempla su grandeza una impresión que jamás se borra. Párase de nuevo el barco; ante nosotros aparece un pueblo, ya mayor que los otros anteriores con sus blancas casas agrupadas alrededor de viejísimo castillo; el movimiento de viajeros ha aumentado: estamos en Nyón.

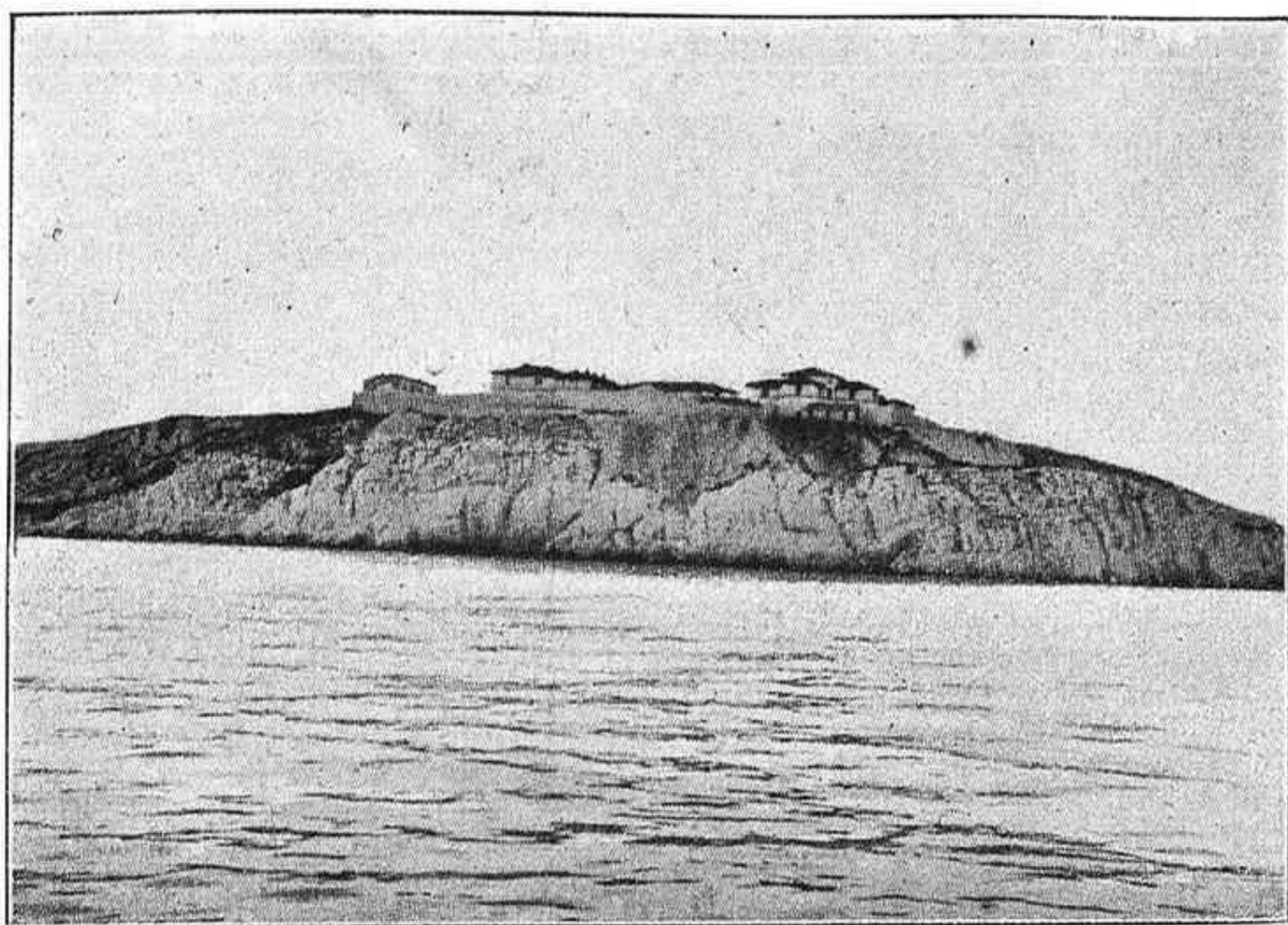
De la antigüedad de este pueblo certifican los restos romanos que en su recinto y en las cercanías se hallan, tanto como los nombres latinos consignados en la historia; de su abolengo conserva buena muestra con el castillo, cuya primitiva fábrica, casi toda en pie y en excelente estado, es del siglo XII. Comienzan las calles de Nyón muy cerca del lago y se desarrollan en torno de la histórica fortaleza con pendientes bastante suaves hasta la base de sus fortísimos muros: son excelentes vías, y la población, aparte de los vestigios que indican la procedencia latina de la vieja Noviodunum, es moderna, bien trazada, bonita sin tener cosa alguna de particular.

Rodean al castillo, sobre todo por la parte donde es mejor la vista, excelentes paseos, adornados con magníficos y corpulentos árboles, lo cual no impide que el lugar, poco concurrido de ordinario, tenga

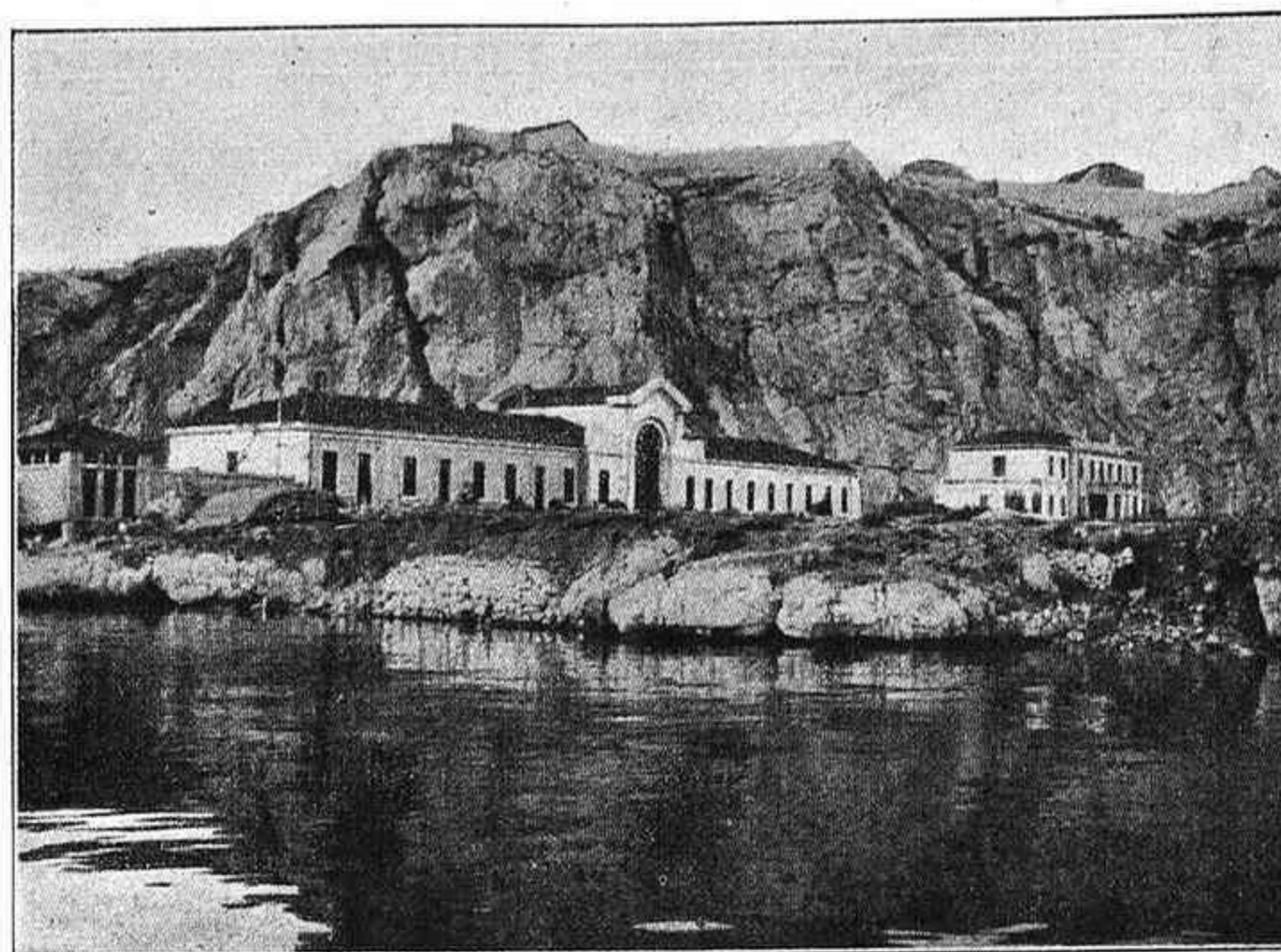
un carácter melancólico, que le da cierta poesía. Completa la visita á Nyón la de su castillo: la terraza del mismo tiene justa fama de ser uno de los mejores balcones de Suiza, y en verdad que el pano-

- Bien, ¿y qué? ¿No soy dueña de mi misma? Obraré como me plazca.
- Eso no será, respondió furioso mi amigo. Acababan de almorzar. Alfonso se levantó de su

dinero, alhajas, muebles, casas, fincas, lo emplearas todo en levantar sobre la tumba de mi madre un monumento que perpetúe y honre su memoria y pregone eternamente mi infamia.



MARSELLA. - Vista general del lazareto de Ratonneau (de fotografía)



MARSELLA. - Oficinas, locutorio y casas de los médicos en el lazareto de Frioul (de fotografía)

rama que desde allí se contempla es espléndido y la impresión que produce jamás se olvida. Hacia la derecha, las montañas del Jura, que adquieren al ponerse el sol tonos violáceos de singular belleza; luego los bosques de sus laderas, los viñedos, las praderas siempre verdes, los pueblecitos llenos de vida, y más abajo el lago, este lago azul por tantos poetas cantado y siempre nuevo.

Extiéndese la vista hasta la orilla opuesta, en la cual aparecen nuevos campos, y allá lejos, cerrando el horizonte, el Monte Blanco, magnífico, dibujándose la blanca silueta de sus crestas sobre el azul del cielo. Brilla la nieve deslumbradora por los rayos del sol; mas al caer la tarde y cuando los rayos amortiguados caen oblicuos, presenta los más extraños cambios de color, tintes rojizos, tonos violáceos, cierta blancura amarillenta que parece cadavérica, y al cabo brilla otra vez un momento como para despedirse del día. Cuando el horizonte está despejado, la terraza del castillo de Nyón es un magnífico observatorio para estudiar los efectos de la luz en la nieve de las montañas.

BENITO GALLEGO.

CODICIA Y CELOS

Entró en mi despacho la ropa en desorden, el rostro descompuesto.

Sin dejarme que le preguntara nada, me contó una historia horrible. Había sentido celos de su madre.

Su madre, de quien era hijo único, era viuda y rica, y Alfonso creyó descubrir que estaba dispuesta á entregar corazón y fortuna á un hombre que á él le era profundamente antipático, un antiguo profesor suyo de la Escuela de Farmacia. Cariño y riqueza, todo podía perderlo á un tiempo.

Su madre, temiendo sin duda su oposición, le había ocultado sus propósitos; acaso intentaba no enterarle de nada hasta que el matrimonio estuviese realizado. Dueña única de la fortuna, podía obrar con libertad completa.

Alfonso indagó, buscó, espío, hizo de los indicios pruebas, de las simples coincidencias señales inequívocas, de las casualidades premeditadas combinaciones, y su obsesión le llevó á ver en una mirada una promesa, en un apretón de manos de cortesía un pacto.

Afligido por aquellos celos mezclados de ambición, se decidió á interrogar altivamente á su propia madre. Su madre se sonrió al principio; pero formalizándose luego, le respondió con acritud:

silla y salió del comedor, presa de un terrible pensamiento. Descendió por una escalera interior á la farmacia que tenía en el piso bajo establecida. Tomó un frasco pequeño que contenía algún activísimo veneno y volvió á subir.

Su madre acababa de servirse el café; pero no estaba en el comedor.

Viéndose solo, aprovechó Alfonso la ocasión y vertió todo el contenido del frasco en la taza servida.

Retiróse luego precipitadamente, y otra vez se di-

Y Alfonso comenzó á sollozar estruendosamente. Espantado de su relato, no sabía yo si insultarle ó consolarle.

Abrióse en esto sigilosamente la puerta y entró en mi despacho la propia madre de Alfonso. Su muerte era tan falsa como su intento de matrimonio. Había querido simplemente en la última conversación con Alfonso sostener su autoridad y su independencia. Había comprendido la cólera del hijo, le había espionado, le había visto coger el frasco misterioso, le

había preparado la celada poniéndole delante la tentación del café por consumir, y después de haber derramado el contenido de la taza, al sentirle nuevamente subir, abrumado acaso ya por el arrepentimiento, había en su presencia fingido apurar el último sorbo del brebaje indigno; le había luego seguido, había entrado tras él en mi casa, oído sus maldiciones y escuchado sus sollozos, presenciado, en fin, la reacción de su espíritu.

Explicado todo, se arrojó Alfonso en sus brazos sin hallar palabras con que pedirle perdón; y allí, mientras él sollozaba sobre el pecho de su madre, su madre, sosteniéndole y besándole los cabellos, le decía dulcemente:

- ¡Basta, basta! ¡No, no llores más, hijo mío!

F. PI Y ARSUAGA.



MARSELLA. - En el lazareto de Frioul. - Los sospechosos detrás de la verja (de fotografía)

rigió por la escalera á la farmacia. Un escalofrío le sacudió violentamente. Sintió un vértigo que le derribaba. Apenas repuesto, volvió rápidamente sobre sus pasos. Le espantaba su crimen. Pero en el momento en que entraba de nuevo en el comedor, apuraba su madre el último sorbo de la taza.

Alfonso quiso gritar, pero no pudo y se apoderó de él una ansia loca de correr, de huir de sí mismo.

Se lanzó á la calle, la atravesó corriendo y vino á mi casa.

Entre sollozos y maldiciones me relató su crimen.

- He matado á mi madre, me decía; soy el más cobarde de los hombres. Contena el frasco veneno suficiente para producir la muerte á toda una familia. Sí, ¡la he muerto, la he muerto, la he asesinado! Para huir de la justicia de los hombres, de mi propio tormento, sólo me queda un camino: arrancarme esta vida infame. Porque la amaba: cree que la amaba, cree que los celos han podido más que la misma codicia. ¡Siempre á su lado! ¡Siempre con ella! Moriré, moriré hoy mismo; pero antes de morir quiero que me acompañes, que recojas todas las riquezas de mi madre, todo lo que yo poseo, y me jures que

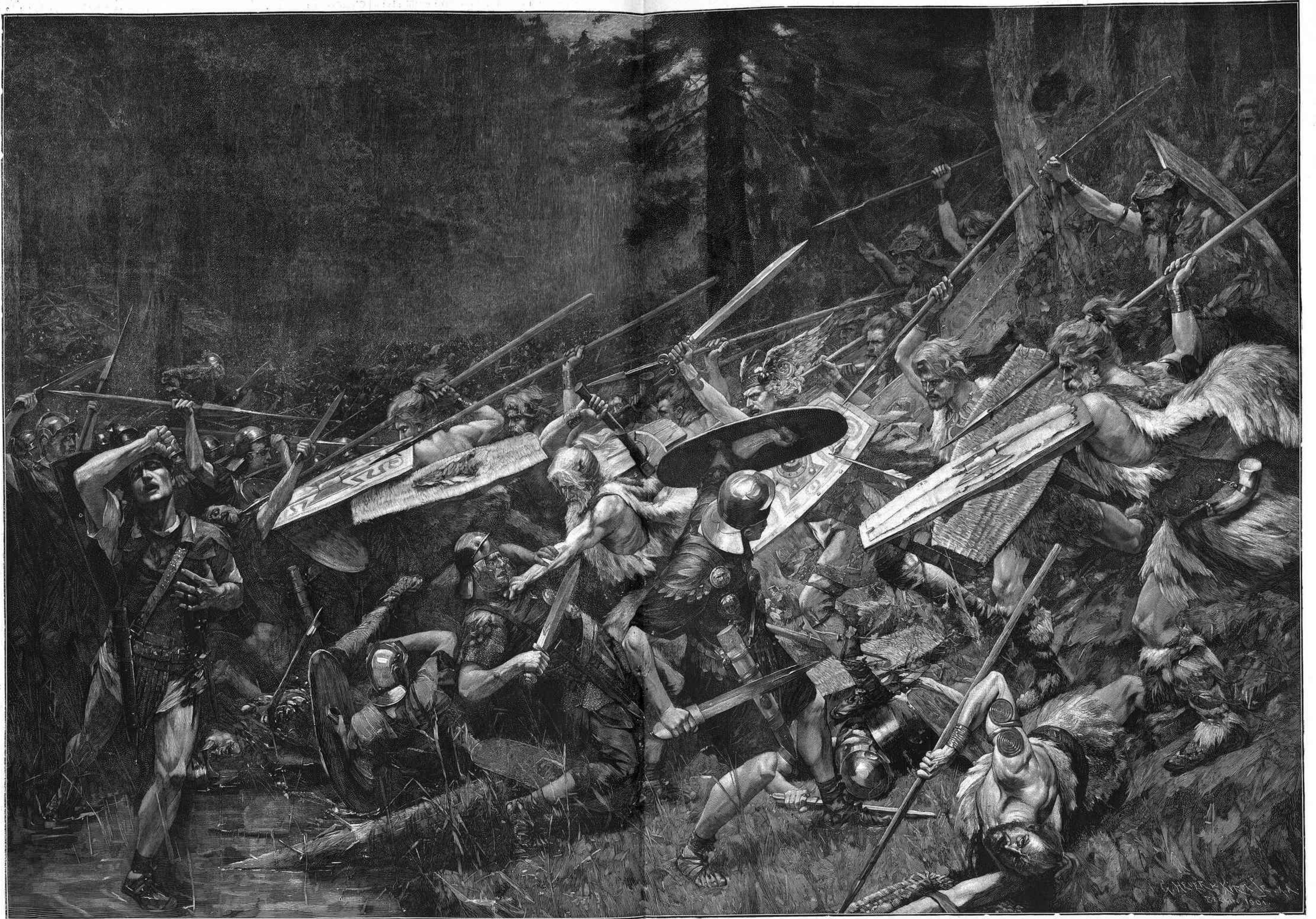
EL LAZARETO DE FRIOUL

EN MARSELLA

La aparición de la peste en Nápoles y la posibilidad de que desde allí se extendiera á otras ciudades, han hecho que en los principales puertos del Mediterráneo se adoptaran las medidas necesarias en unos para combatir al terrible enemigo, si se presenta; en otros, más previsores ó más afortunados desde el punto de vista de la administración pública, para evitar precisamente su presentación.

Entre estos últimos puede citarse en primer término el de Marsella, en donde con motivo de la arribada forzosa del vapor *Senegal* con casos sospechosos á bordo, ha empezado á funcionar el bien organizado servicio de cuarentena. En efecto, el referido vapor fué enviado inmediatamente al Frioul y allí fueron desembarcados los pasajeros para ser sometidos á la oportuna observación.

El Frioul se compone de dos islas, en una de las cuales, llamada Ratonneau, están instalados el lazareto, una capilla, las hospederías en donde son ins-



BIENHEUR DE
BIBLIOTECA
MADRID

BATALLA DE ROMANOS Y GERMANOS, COPIA DEL CELEBRADO CUADRO DE P. IVANOWICS

talados los viajeros y el hospital de apestados. Los reglamentos que allí se observan son de una severidad extraordinaria, bastante á tranquilizar á la población, á quien la sola idea de la proximidad de la peste aterra. Todo individuo contaminado es aislado inmediatamente en aquel hospital hasta que ha transcurrido la convalecencia franca. Si el enfermo muere, es enterrado en la roca á un metro y medio de profundidad y su cuerpo cubierto con una capa de cal viva de cincuenta centímetros.

Los viajeros simplemente sometidos á observación sufren una cuarentena de diez días, pasados los cuales, si no se manifiesta ningún síntoma alarmante, son conducidos en una chalupa á Marsella.

Los médicos encargados de cuidar á los enfermos y vigilar á los sospechosos, no pueden abandonar la isla hasta que el último enfermo ha recobrado completamente la salud. Las inmediaciones del Frioul están severamente guardadas y nadie puede acercarse sin exponerse á graves riesgos.

Los grabados que publicamos en la página 687 permitirán á nuestros lectores formarse idea de las buenas condiciones de los edificios y de las grandes precauciones que en ellos se adoptan para conseguir el aislamiento absoluto de los sometidos á las prácticas cuarentenarias.

Gracias á estas medidas y á la asistencia y vigilancia exquisitas que allí se ejercen, ha de ser sumamente improbable que la peste invada la ciudad de Marsella y se propague desde allí al resto del país. En otros Estados, en cambio, son tan deficientes, por no decir nulos, los servicios sanitarios de esta índole, que sólo por milagro pueden librarse del horrible azote. — R.

NUESTROS GRABADOS

Abdur-Rhamán Khan, emir de Afghanistan.

— El día 3 de este mes falleció en Cabul, capital de su emirato, Abdur-Rhamán Khan, que nacido en 1830, subió al trono, á la muerte de su padre, Afzal Khan, en 22 de julio de 1880 y fué proclamado en Herat en 4 de octubre del año siguiente. Durante los veintidós años de su reinado logró restablecer la paz en aquel país, destrozado por la guerra civil que desde 1863 á 1881 sostuvieron los descendientes de Dost Mahomed, y supo sostenerse hábilmente entre sus dos poderosos vecinos y rivales en Asia, Rusia é Inglaterra. En 1869, cuando fué destruido de Cabul por Jakub Khan, el hijo de Chir Alf, los rusos le dieron un Estado libre en Samarcanda, concediéndole además una pensión de 25.000 rublos; pero depuesto Jakub, los ingleses le llamaron otra vez á la capital mencionada y le confirieron la soberanía del Afghanistan. Al poco tiempo arrojó del Herat á Eyub, hermano de Jakub, tomando posesión de aquella importante provincia en la antes citada fecha de 4 de octubre de 1881. En 1892 vióse obligado á ceder á los rusos Chugnán y Rochán en el territorio del Pamir, pero en 1893 consiguió salvar de igual suerte á Wachán, gracias á la intervención indo-británica. En 1895 ocupó Kafiristán. Abdur-Rhamán, quizá recordando que á los ingleses debía el trono que ocupaba, ha sido siempre adicto á Inglaterra, cuya influencia se dejó sentir en absoluto en su corte y en su gobierno. Su sucesor, Habid Ullah Khan, su hijo primogénito, está versado en todos los progresos de la técnica moderna, especialmente en la industria de las armas; domina los idiomas del Irán y del Turán, habla el árabe y el inglés y conoce perfectamente los negocios públicos de su patria, así como la política de los Estados vecinos y de las demás grandes potencias europeas. Tiene veintinueve años y ha sido durante cuatro jefe del Tesoro y del Echiquier, habiendo instituido el Tribunal Supremo de Apelación; posee siete mujeres, es padre de muchos hijos y percibía hasta ahora una dotación de 140.000 libras esterlinas. Se cree que seguirá siendo especialmente adicto á Inglaterra.

Crepúsculo, cuadro de Hugo Konig.

— Un ambiente otoñal envuelve el paisaje alumbrado por la vacilante y melancólica luz del crepúsculo, y el tinte de melancolía que de todo él se desprende comunicase á las dos interesantes figuras que constituyen un grupo extraordinariamente bello. En la madre se adivina una profunda tristeza, y la mirada que dirige á su hija encierra un poema de ternura y al mismo tiempo un drama, una historia de lágrimas; la misma niña, aun estando en la edad en que el dolor moral apenas hace presa en el alma, revela en su rostro una gravedad impropia de la infancia, reflejo de los sufrimientos que ha presenciado, y que más que en nada se exterioriza en sus ojos. Sin buscar el efectismo, el autor de este lienzo despierta en nosotros una impresión profunda con los recursos más sencillos, sólo con presentarnos una escena real sentida por un corazón de poeta y asimilada por los ojos de un verdadero artista. Hugo Konig fué de los pintores modernos que más honraron al arte pictórico alemán. Era un colorista de primera fuerza, y sin más que con el empleo del blanco, del gris, del negro y á veces del rojo obscuro, sabía obtener acordes de color de una intensidad vivísima. Pero además de cautivar por el colorido, sus cuadros encantan por el sentimiento que supo infundir en ellos, por la expresión que logró dar á las figuras y por la poesía que consiguió imprimir en los paisajes.

Esperando que pique, cuadro de J. L. Wimbush.

— El encanto principal de este cuadro consiste en el sello de verdad que lo distingue y que hace que á primera vista produzca el efecto de una fotografía. Pero si se examina con alguna detención, se verá que hay en él algo más que

la reproducción exacta de una escena sorprendida por la cámara fotográfica, algo que es la expresión de un sentimiento y de una personalidad artísticas, es decir, lo que imprime carácter á una obra de arte. El celebrado pintor inglés J. L. Wimbush no se ha limitado á copiar el natural, sino que ha trazado una



ABDUR-RHAMÁN KHAN, EMIR DE AFGHANISTÁN, fallecido en 3 de los corrientes

composición en la que la realidad objetiva hállase avalorada por una delicada percepción y por una ejecución bellísima.

Batalla entre romanos y germanos, cuadro de P. Ivanowics.

— Un ejército romano ha invadido el territorio de los germanos para tomar venganza de las tropelías por éstos cometidas en las comarcas fronterizas. Mas en parte alguna pudieron los invasores dar con el enemigo, pues á su paso sólo encontraron chozas desiertas y huellas que indicaban la huida de aquellos habitantes que se refugiaban en las selvas. Y así transcurrió el verano, y la proximidad de las crudezas del invierno hubo de hacer pensar á los soldados de Roma en la retirada. Sobrevinieron las lluvias y las tempestades, y entonces asomaron por vez primera los bárbaros por el camino que seguía el ejército, apareciendo de cuando en cuando en las alturas, por entre las cuales los romanos marchaban, figuras de guerreros que en seguida volvían á desaparecer. De pronto, mientras los romanos cruzaban un profundo valle, sonó el terrible grito de guerra, y de todas aquellas montañas precipitose una avalancha que cayendo sobre aquéllos causó horribles destrozos sn sus filas, humillando una vez más el orgullo del poderoso Imperio. Tal es la escena que ha trasladado al lienzo Ivanowics, tratándola con una valentía, con un vigor con un conocimiento tan perfecto de los distintos elementos que integran la obra artística, que su cuadro, obra de un maestro, puede figurar entre los mejores que en su género ha producido la pintura moderna.

Cabrero murciano, cuadro de Manuel Benedito

(Exposición Robira, calle de Escudillers). — Bello es el cuadro de este joven y ya conocido pintor, que al igual de sus paisanos Agrasot y Benavent, produce cuadros de costumbres valencianas, brillantes por sus derroches de luz y hermoso colorido. Aventajado discípulo del insigne Sorolla, ha dado señaladas muestras de sus aptitudes y conocimientos en varias exposiciones, alcanzando justa recompensa. Como consecuencia de la pensión otorgada en noble y público concurso, hállase actualmente en Roma, en donde el estudio de las obras capitalísimas que encierra la Ciudad Eterna producirá el resultado que persigue tan laborioso artista, avalorándose sus recomendables cualidades. Valencia puede envanecerse de contar á Benedito en el número de sus preclaros artistas, con mayor motivo cuando éste dedica á su patria constantes recuerdos, transportando al lienzo, embellecidos con los tonos de su brillante paleta, sus tipos, su purísimo cielo y su espléndida vegetación.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. — PARÍS. — En breve se inaugurará en el Louvre la nueva colección de orfebrería religiosa antigua que ha sido aumentada con un precioso relicario de oro macizo, obra veneciana del siglo XV y única que existe, valorada en 300.000 francos.

— En una colección de C. Malherbe se ha encontrado un cuaderno de notas que contiene algunas composiciones desconocidas de Roberto Schumann.

BERLÍN. — En el Salón Artístico de Keller y Reiner, de Berlín, se está celebrando actualmente una interesante y numerosa exposición de pinturas de artistas japoneses antiguos y modernos, en las cuales aparecen fundidas la vieja tradición y las tendencias nuevas, sin que ni siquiera en las más modernas deje de apreciarse la influencia de la antigua tradición.

FRANCFORT. — En el Museo de Industrias Artísticas de Francfort están expuestos actualmente los objetos adquiridos en la última Exposición de París y otros comprados con posterioridad á ésta. Hay entre ellos porcelanas de las famosas manufacturas dinamarquesas y multitud de labores de diferentes técnicos franceses, como Plumet, Gaillard, Gallé, Lalique y otros.

TURÍN. — La ciudad de Turín anuncia para el mes de abril del próximo año una exposición de artes decorativas modernas, patrocinada por el rey Víctor Manuel y bajo la presidencia de S. A. R. el duque de Aosta. La exposición se instalará en el parque Valentín y durará hasta el mes de noviembre. En ella se admitirán las manifestaciones artísticas y los productos industriales que tengan relación con la estética de la calle, de la casa y de la habitación y que siendo originales demuestren una tendencia decidida á la renovación estética de la forma. Para facilitar la concurrencia á la exposición se establecen en las principales ciudades de Italia y del extranjero comités ó delegados dependientes de la comisión general. Los premios se adjudicarán: 1.º, al mejor proyecto de casa moderna; 2.º, al mejor conjunto decorativo de una habitación de lujo compuesta á lo menos de tres piezas destinadas á diferentes usos; 3.º, al mejor conjunto decorativo de una habitación modesta compuesta de tres piezas; 4.º, al mejor cuarto de lujo; 5.º, al mejor cuarto modesto. Dichos premios tienen el carácter de extraordinarios y la comisión general los publica con antelación á los ordinarios, para los cuales se confeccionará un reglamento especial. La delegación general de España ha sido confiada á D. Miguel Parera, Ronda de la Universidad, 12, 1.º Para anunciar dicha Exposición se ha publicado un artístico cartel dibujado y litografiado con mucha elegancia.

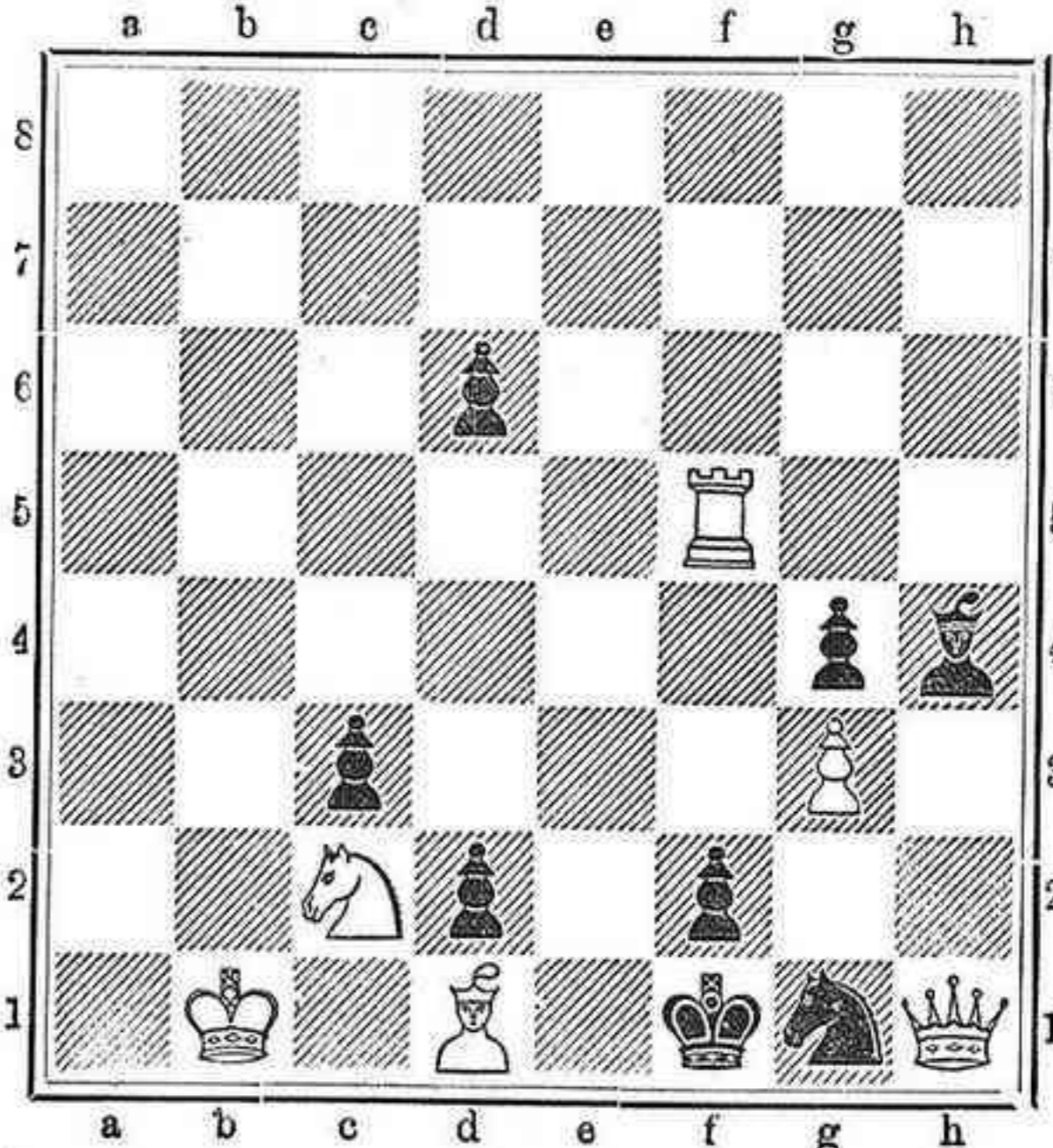
Teatros. — PARÍS. — Se han estrenado con buen éxito: en el Gymnase *Manoune*, bellísima comedia en tres actos, primera producción dramática de la conocida escritora Juana Marni; en Cluny *Le fils surnaturel*, comedia bufa en tres actos de Grenet Dancourt y Mauricio Vaucuire; en el Odeón *Les Maugars*, comedia en cuatro actos de Andrés Theuriot y Jorge Loiseau, tomada de una novela del primero, y *Fausse route*, bonita pieza en un acto de Emilio Sorel y Pablo Acker; y en el teatro Antoine *L' Honneur*, drama en cuatro actos de Sudermann, traducido por los Sres. Remond y Valentín.

Barcelona. — En el teatro Romea se ha estrenado con grandísimo éxito la comedia satírica catalana en tres actos y en prosa *¡Libertad!*, original del eminente escritor y pintor Santiago Rusiñol. En el teatro Principal ha dado el notable pianista Raúl Pugno dos conciertos que han sido dos nuevos triunfos para él y para el maestro Crickboom, que así en las piezas que ejecutó al violín como en las que bajo su dirección tocó la orquesta Filarmónica, se conquistó grandes y merecidos aplausos. En el propio teatro han dado también un concierto el eminente violoncelista Casals y el célebre pianista Haroldo Bauer, que consiguieron sendas ovaciones en todas las piezas que tocaron juntos y á solas.

La empresa del teatro del Liceo ha publicado ya las listas de la compañía de ópera italiana que ha de actuar durante la próxima temporada. Figuran en ella los maestros concertadores y directores de orquesta Sres. Fischer, Goula, Goula Fité y Barone; las sopranos absolutas Sras. Belsorel, Bordalba, Grasset, Laveroni, Picard y Popovici; las sopranos líricas señoras Bardi y Biondelli; las mezzo sopranos y contraltos Sras. Borissoff, Parsi Pettinella, Giaconia y Scholler; los tenores señores Biel, Grani, Palet é Iribarne; los barítonos Sres. Arcangeli, Baldassari y Bensaude; y los bajos Sres. Calvo y Rossato. Durante la temporada se estrenarán: *El crepúsculo de los dioses*, de Wagner, última parte de la tetralogía *El anillo del Nibelungo*, con cinco decoraciones nuevas de D. Félix Urgellés y D. Olegario Junyent; *Els Pirineus*, trilogía lírica con un prólogo, poema de D. Víctor Balaguer, versión italiana de D. José M.ª Arteaga y música del maestro Pedrell; y *Las alegres comadres de Windsor*, de Nicolaj, para la cual pintó cinco decoraciones el malogrado escenógrafo Soler y Rovirosa y dos el Sr. Vilomara. Como óperas de repertorio se anuncian: *Sigfrido*, *Lohengrin*, *Hansel e Gretel*, *L' Africana*, *Mefistofele*, *Gioconda*, *Aida* y otras.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 258, POR BARON WARDENER. NEGRAS (8 piezas)



BLANCAS (6 piezas) Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 257, POR A. F. MACKENZIE.

- Blancas. 1. Dh8—h3
- 2. Dh3—h6
- 3. Cf6—d7 ó T mate.
- Negras. 1. g5—g4
- 2. R toma T ú otra.

VARIANTES

- 1..... f3—f2; 2. Dh3—g3; etc.
- 1..... R toma T; 2. Cf6—d7 jaque, etc.
- 1..... Rd4—c3; 2. Cf6—d5 jaque, etc.
- 1..... Otra jug.ª; 2. Dh3—f5, etc.



Mad. Montclar y su sobrina, mientras los grupos hacían de ellas menudísima disección, se paseaban tranquilamente



UN MISTERIO

NOVELA POR HENRY GREVILLE. — ILUSTRACIONES DE MÉNDEZ BRINGA

(CONTINUACIÓN)

El joven apoyó su cabeza en el seno de su madre, los brazos que le habían mecido en la niñez le estrecharon cariñosamente, y los pliegues de las ropas que cubrían un honrado corazón enjugaron dos gruesas lágrimas que habían acudido á los ojos de aquel hombre.

XII

Hacia los últimos días del mes de agosto, madame Montclar se encontraba en extremo cansada de la soledad en que vivía. Realmente, eran una penitencia hartamente grande, para una mujer tan expansiva como ella, aquellos cuatro meses de destierro en el campo y teniendo por única compañera una viuda.

Durante el tiempo que duró su larga reclusión, Mad. Montclar había podido conocer las grandes cualidades morales que adornaban á Estrella, pero no se le había ocultado tampoco que la joven no poseía en muy alto grado los elementos necesarios para la existencia, tal como ésta se comprende entre la clase social á que pertenecía. Más de una vez la anciana la había oído expresarse con el más sencillo desdén del mundo, con respecto á diversiones y á deberes mundanales cuyo valor no es posible en absoluto dejar de reconocer.

«Su carácter es en todo igual al de Raimundo, se había dicho la anciana; está esmeradísima educada y se porta de un modo tan irreprochable como la primera; pero se ve que no se halla convencida de la necesidad de las formas que observa y que preferiría prescindir de ellas. Hubiera armonizado á maravilla con mi sobrino, y no me cabe duda de que la existencia de ambos hubiera transcurrido deliciosamente; pero todo eso en un hombre es más excusable... Mi hermano, el general de Beurand, pensaba también de esta manera.»

Después de haber expresado sus impresiones por medio del monólogo que acabamos de transcribir, Mad. Montclar opinó que, sin faltar á las conveniencias, podía decentemente exhibirse en algún sitio tranquilo; por ejemplo, algún punto de la playa, donde no hubiese carreras de caballos, ni se celebrasen bailes de cumplido.

La dificultad estaba en encontrar ese punto; pero con ayuda de la *Guía Joanne* y de sus propios recuerdos, no tardó en fijarse en una población tranquila, refugio habitual durante los veranos de los funcionarios de la magistratura, á quienes su situa-

ción aconseja evitar ir á sitios donde reine demasiado bullicio. Los habitantes del país por el que se iba decidiendo, son en extremo deferentes para con los caballeros graves de largas patillas grises y las señoras de edad madura que usan sombreros con encajes. Los forasteros de estas condiciones tienen la seguridad de hallar todos los respetos que les son debidos, en un pueblo no contaminado por la corrupción de las grandes ciudades y que está imbuído aún del mayor respeto para las cosas venerables.

El punto que Mad. Montclar había elegido y en el que encontraba las referidas ventajas era Saint-Aubín.

La llegada á aquel punto de dos señoras tan sumamente distinguidas, que vestían riguroso luto, que iban acompañadas de sus camareras y que por añadidura comían en sus habitaciones, lo que quitaba la ocasión de que pudiese dirigirseles la palabra, fué un verdadero acontecimiento.

Todos procuraron averiguar y comentaron luego los nombres que aquellas damas habían inscrito en el registro; pero los veraneantes de Saint-Aubín suelen vivir tan retraídos, que al tener noticia de ellos no se despertó en su memoria el más ligero recuerdo, contentándose por entonces la atención pública con fijarse con grandes muestras de consideración en aquellas dos señoras de aire tan aristocrático, entretanto se esperaba que llegase algún ó alguna bañista bien informados que pusiesen al corriente de todo lo que se ignoraba.

Mad. Montclar iba rápidamente animándose. Para una mujer que ha vivido siempre rodeada de amigos, el aislamiento es una muerte anticipada; de aquí que la sola vista de rostros humanos, aunque no fuesen éstos bellos ciertamente, era para ella lo que el agua fresca para una planta sometida largo rato á los ardores solares. Además, y en esto coincidía con los bañistas curiosos, esperaba que durante el mes de septiembre no podían faltarle algunas distracciones, pues había escrito á tres ó cuatro familias amigas suyas para que fuesen á verla á Saint-Aubín, y confiaba en que no dejarían de ir cuando menos una ó dos.

Estrella, por el contrario, gozaba lo indecible con esta carencia de relaciones sociales. El rudo golpe que había sufrido dejó en ella profundísimas huellas; al estupor que experimentó en el primer momento, á la indignación que le siguió, había sucedido una especie de consternación. ¿Era posible que el mundo

fuese hasta tal extremo ligero y cruel? Abrigaba, sin embargo, la esperanza de que lo que le había sucedido sería pronto olvidado y de que nadie se ocuparía luego de ella, salvo Benoist, único que no dudaba de que continuaría mirándola con aquella expresión inquieta y fría que de un modo tan extraordinario la molestaba, sin que pudiese dejar de acordarse de ello ni un instante, por más que se lo censurase duramente.

Sentía verdadera consternación al verse acusada por aquel hombre serio... ¿Acusada de qué? No le era posible adivinarlo. Su imaginación no podía llegar hasta el fondo de la odiosa sospecha, y suponía que debía atribuírsele alguna historia de amor que, al ser conocida por Raimundo, debió causarle un acceso de celos bastante violento para enloquecerle. Esta era la única explicación que había podido darse, reconociendo por su parte que á los ojos de un extraño tales fantasías no dejaban de tener cierto aspecto de verosimilitud.

Pero en su interior, ella, que en las conversaciones que había tenido con su prometido, su esposo durante algunas horas, pudo conocer el carácter y la nobleza de Raimundo, sabía muy bien que tal suposición era falsa, que no se había dudado de ella y que calumniada hubiera sido objeto de mayor cariño aún por parte de aquel hombre. Precisamente aquella adoración sin límites había sido la que la conmovió; la confianza, el afecto, la rendición completa de un alma, fueron los que le infundieron la esperanza de que más tarde amaría á su vez al que tan entrañable amor la profesaba.

Estrella, ante su conciencia mil veces interrogada, tenía la convicción de que ni en lo más insignificante se había relacionado con ella la causa que pudo producir la muerte de su esposo. ¿No le había acaso contado toda su vida y los más pequeños pormenores de su triste infancia? Como él la dió cuenta de sus sentimientos como hombre y como honrado militar, ¿no le había referido ella la historia de toda su vida de soltera, sin incidentes ni interés y clara y transparente como un vaso de cristal liso?

A fuerza de reflexionar y de considerar todas las suposiciones imposibles, la joven había acabado por convencerse de que Raimundo había sido víctima de un ataque de locura, originado, no por los celos, sino por la excesiva tensión que su ánimo experimentaba durante las semanas que precedieron á la boda. De no ser así, ¿cuál había sido la causa de su

muerte? Esta explicación no la satisfacía de ningún modo, pero dejaba subsistente por completo en su alma la compasión hacia el difunto y una profunda ternura producida por la catástrofe y que la hacía derramar copiosas lágrimas; de aquí que reconcentrase en sí misma sus pensamientos, temiendo toda alusión y hasta odiando toda frase que al difunto, tan sinceramente llorado, se refiriese.

Seguramente, Estrella amaba más á su marido muerto de lo que le amó vivo; pues su afecto, despojado del elemento material que la había producido siempre una especie de frialdad instintiva, se posaba ahora en el borde de la tumba de Raimundo, como un pájaro que no quiere servirse de sus alas.

En el fondo de estas reflexiones, tan elevadas como consoladoras, había podido encontrar la joven viuda una especie de justificación para la extraña conducta que con ella observó Teodoro Benoist. Una amistad generosa, muy superior á los afectos ordinarios, que sólo era dable inspirar á Raimundo atendidas sus cualidades caballerescas, había podido conducir al ex teniente á defender á su amigo y á vengarle si era posible. Considerando esto, Estrella, sin que dejase de conservar profunda amargura y cierto rencor contra el que hasta tal punto la desconocía, no estaba lejos de admirarle.

Con bastante impaciencia, y á veces hasta con alguna fiebre, esperaba el instante en que la rutina de las relaciones sociales condujese á Benoist á casa de Mad. Montclar, donde esperaba poder imponerse ante aquél por la sola fuerza de su inocencia. Era imposible, á su juicio, que un hombre capaz de ser el amigo más íntimo de Raimundo permaneciese insensible á la clarísima luz de la verdadera pureza. ¡Bajo el desprecio de un ser como aquél, la vida hubiera sido una carga intolerable!

Estrella tenía veinte años y no dudaba de la justicia del mundo, reflejando esta esperanza en su porvenir una claridad vaga, casi insensible, pero cuyos reflejos disipaban un tanto y suavemente las tinieblas de sus ideas.

El turno de bañistas del mes de agosto preparaba sus maletas; los corredores de los hoteles se llenaban de insoportables paquetitos y de cestos de todas clases, redécitas, sillas de tijera y otros objetos propios del país, en todos los cuales se leía en caracteres más ó menos vistosos, bordados, pintados ó grabados, la palabra «Saint-Aubin», que había de hacerlos aborrecibles durante algunos meses, ya que hasta el regreso de sus hijos á los colegios, las madres, perdida la paciencia, se arrepentirían del día en que su imprevisora debilidad había permitido que aquellos intolerables «recuerdos» entrasen en sus casas.

El segundo turno, el de septiembre, se presentó en seguida, posesionándose de los muebles abandonados por los otros la víspera, y llenando las mesas redondas donde los recién venidos se apresuraban á examinar con la mirada las hileras de cabezas que á su alrededor tenían, saludando con arrogancia ó con satisfacción, según los casos, las fisonomías que les eran más ó menos conocidas.

La alta magistratura estaba aquel año bien representada en Saint-Aubin, por más que entre sus filas se habían introducido algunos principiantes, deseos de cuidar de su ascenso al mismo tiempo que de la salud. Entre éstos se hallaba Andrés Bolvín.

Era éste un honrado caballero, de muy buena reputación, dotado de talento y de modales finísimos; pero como todos los hombres á quienes persigue una idea, cuando creen ellos por el contrario perseguirla, le habían aturrido un tanto sus triunfos, y desde hacía algún tiempo estaba dominado por la perjudicial manía de no creer en la inocencia, hasta el punto de que, apurándole un poco, no hubiera sido difícil hacerle confesar que en todos los delitos debieran arreglarse las cosas de manera que se tuviese siempre á mano un segundo culpable para el caso de que no lo fuese la primera persona de quien se sospechase.

El domingo por la tarde, la nueva colonia y los que quedaban de la anterior se encontraron reunidos en la playa, lo que dió origen á sin fin de reconocimientos y presentaciones. Mad. Montclar y su sobrina estaban en un extremo de ella, sentadas en sus casetas, contemplando distraídamente aquel animado cuadro.

Bolvín se paseaba saludando á unos y siendo saludado por otros, según la importancia de las personas que veía á su paso. Una señora elegante, á quien acompañaban dos hijas casaderas, le dirigió una sonrisa. El joven se acercó á ellas, las cuales le rodearon en seguida.

— Sr. Bolvín, usted que conoce á todo el mundo, díganos los nombres de las personas que no conocemos.

El joven magistrado, con la mayor complacencia y un tanto de malicia, se apresuró á nombrar los bañistas que conocía y que se hallaban paseando por la playa.

Mad. Barriere, que así se llamaba la señora que le había interpelado, era amabilísima y prometía ser una suegra ideal, á juzgar por el buen humor que demostraba y que suele ser común á buena parte de las que tienen hijas por merecer.

— ¿Y éste?, ¿y aquélla?, iba preguntando.

El joven dejaba satisfecha inmediatamente su curiosidad, pues conocía á todo el mundo.

Sus miradas se fijaron por fin en las casetas donde se hallaban Estrella y su tía.

— ¿Y aquellas señoras?, preguntó la más joven de las señoritas Barriere.

— Están demasiado lejos y no las veo bien, contestó el joven substituto esforzándose por distinguir las todo lo que la discreción le permitía.

— Yo puedo indicarles sus nombres, interrumpió la mayor de las señoritas Barriere. Son madame de Beaurand y Mad. Montclar; una es anciana y la otra joven, muy bellas ambas y que visten riguroso luto. Mad. Montclar es la joven, ¿verdad?

Bolvín hizo un ligerísimo gesto y dejó de mirar hacia la parte donde las damas se hallaban.

— Si está usted segura de los apellidos, señorita, respondió, Mad. Montclar es la anciana.

— ¿Sí? ¿Y por qué visten luto?.. Pertenecen á la alta sociedad, ¿no es cierto?

— A la alta sociedad, repitió fríamente Andrés Bolvín. Mad. Montclar es tía de Mad. de Beaurand, por afinidad, puesto que lo era del marido de ésta.

— ¿Mad. de Beaurand es viuda? ¿Tan joven?.. ¿Beaurand?.. Conozco ese apellido... Escuche usted, se cuenta una historia...

— Mad. de Beaurand, interrumpió Bolvín con un tono de desdén casi imperceptible, es viuda desde el mismo día de su casamiento.

— ¡Ah!.. Sí, ya sé..., un suicidio... ¡Oh! ¡Qué cosa más extraña!..

— Un accidente, apreciable señora, repuso Bolvín con una levísima sonrisa.

No había acabado de decir esto, cuando estaba ya arrepentido, así de haber pronunciado aquella palabra, como de la sonrisa con que la acompañó; pero ya era tarde.

XIII

Aquel día no se hablaba en Saint-Aubin de otra cosa que de Mad. de Beaurand. El trágico suceso, demasiado remoto para que se mantuviera fresco, por decirlo así, en la memoria de todos, no lo era bastante para que hubiese pasado á figurar entre las cosas olvidadas, y cada uno por su parte, ansioso de mostrarse mejor informado que su vecino, fué recordando algunos de los pormenores que los periódicos dieron al ocurrir la muerte de Raimundo.

Mad. Montclar y su sobrina, mientras los grupos hacían de ellas menudísima disección, se paseaban tranquilamente, contemplando la puesta del astro del día. Sus negras siluetas se destacaban á los ojos de los murmuradores sobre un fondo de escarlata, pareciendo cuando se volvieron hacia la playa que un nimbo de fuego las envolvía.

La atención general, que se había fijado en ellas, no las miraba ciertamente con benevolencia. Ya anteriormente su arrogancia y su reservada actitud habían provocado cierto disgusto entre las encoquetadas damas que desean á toda costa «hacer relaciones» en los baños de mar, y que no teniendo la costumbre de bañarse, van á ellos con aquel único objeto.

Además, en los hoteles, por regla general, no tarda en abrigarse cierta prevención contra las personas que comen en sus habitaciones, pues con razón ó sin ella ciertos abonados á la mesa redonda suponen inevitablemente que las alas de los pollos que han de comerse, son substraídas de sus platos para ser llevadas á los gabinetes particulares, lo que sería por sí solo bastante para despertar violentísimas pasiones, sin necesidad de añadir el inevitable disgusto que experimentan todos por la humillación de conocer que los servidos aparte pagan más que ellos.

Cuando ambas damas, terminado su paseo para volver á sus habitaciones, pasaron por delante de la masa de bañistas, reunidos en unos puntos y separados en otros formando grupitos, todos los ojos, por un movimiento unánime, se fijaron en ellas, cesando instantáneamente las conversaciones. Sorprendida Estrella, levantó la cabeza, recibiendo en pleno rostro y á la vez una veintena de miradas curiosas por parte de las mujeres y cónicas por la de algunos hombres.

Cediendo á la primera impresión, recogió contra su cuerpo los pliegues de su vestido, como para defenderse; pero pasó con la cabeza erguida, el frío continente y el desdén de una reina que ignora hasta la existencia de tan ínfimos seres. Mad. Montclar, que afortunadamente para ella no había levantado la vista, nada sospechó de lo que pasaba.

Al pisar los umbrales del hotel, la anciana se volvió para contemplar por última vez aquel día el espectáculo de la puesta del sol; Estrella la imitó, observando al dar una mirada general á la playa que se hallaba en ella Andrés Bolvín.

«¡Ah!, se dijo, ¡ya comprendo! Pero ¿con qué derecho se permite ese hombre hablar de mí?»

Su corazón latió con más fuerza que de ordinario, impulsado por sorda cólera.

Ya en sus habitaciones, distinguió por la ventana tan hermoso grupo de nubes, que no pudo resistir al deseo de contemplarlo, lo que hizo que se asomara á ella apoyándose en el antepecho, junto con su tía.

Los que se habían quedado en la playa hablaban á más y mejor, hallándose algunos de ellos á tan poca distancia de la ventana y siendo el aire tan puro, que el sonido de las voces llegaba hasta ella distintamente, tanto, que la viuda pudo oír algunas palabras cuyas sílabas sonoras vibraban con más intensidad que otras, y que fueron bastantes para que comprendiese que se la nombraba, así como á su marido.

— ¡Pobre diablo!, dijo riendo un sujeto; quizás era eso lo mejor que podía hacer.

Mad. de Beaurand se sintió presa del más profundo disgusto.

Al pensar que Raimundo había muerto y que ella era injuriada, experimentó la joven uno de esos grandes arrebatos de indignación que destruyen la paz de un alma nunca turbada. A la edad de veinte años, no había podido aún aprender á ser tolerante; así es que en su interior anatematizó sin atenuaciones á todas aquellas mujeres y á todos aquellos hombres que, complaciéndose en el escándalo, no habían pensado un solo instante en que acaso ella era más digna de compasión aún que el pobre Raimundo, que descansaba en la tumba.

En opinión de Estrella, no cabía dudar que era Andrés Bolvín quien había encendido aquel fuego: ya no le había sido simpático durante la corta entrevista que tuvieron. La joven experimentó hacia aquel hombre indecible aversión; pero á la vez un extremo decaimiento hacía que le pareciese estar sumida bajo una masa de plomo.

— La playa se anima, Estrella, dijo Mad. Montclar con admirable buen humor; nosotras, que no intervenimos en esas reuniones, vamos á divertirnos contemplándolas. Es muy gracioso. ¿No has estado nunca en ninguna estación balnearia?

— Nunca, tía, respondió Mad. de Beaurand con los ojos fijos siempre en los grupos, donde, olvidando todos los disentimientos políticos, se acercaban unas á otras las cabezas para fusionarse activamente en el terreno universal de la maledicencia.

— Esto parece una de esas estaciones, continuó la anciana, siempre en su tono alegre; á todas horas hay por lo menos uno ó dos corrillos; desde nuestro balcón podremos contemplarlos á vista de pájaro..., lo que es mucho más agradable que estar entre ellos. Además, la semana que viene espero que vendrá mi amiga Mad. Daubray, y ella nos pondrá al corriente en seguida de todo, pues tiene una prodigiosa habilidad para crearse relaciones.

Estrella, al contrario que la anciana, sentía violentos deseos de alejarse de aquel punto y de volver á Saumeray para huir de las miradas y de las murmuraciones. Pero ¿cómo decirselo á Mad. Montclar sin hablarla al mismo tiempo de Andrés Bolvín? La extrema repugnancia que le causaba despertar en sus conversaciones el recuerdo de la muerte de su esposo, acabó por hacer que prefiriera guardar silencio.

La curiosidad general que las dos damas inspiraban, sin desaparecer por completo, aminoró un tanto al cabo de tres ó cuatro días, pues la llegada de unos y la partida de otros daban siempre algún tema de novedad á los comentarios.

Desgraciadamente para Estrella, el tiempo no podía ser más agradable, y septiembre, mucho más suave y hermoso que lo había sido julio, prolongó los baños más tiempo del que de ordinario duraban.

La amiga esperada por Mad. Montclar llegó al fin. Era una señora alta y delgada, muy amable y benévola, una de esas personas que se encuentran inevitablemente en todas las casas donde se recibe mucho y que ayudan á los dueños á hacer los honores, presentan los concurrentes unos á otros, buscan parejas para las jóvenes que se quedan sin bailar é intervienen siempre muy gustosas en la tarea de arreglar casamientos. Era, en fin, de esos seres sin

sombra de criterio, pero sin pizca de malicia, demasiado impersonales para que dejen de estar bien con todos, harto impresionables para que tengan opinión propia, que cambian de parecer según sea el de aquellos con quienes hablan, con una ingenuidad tal, que acaba por hacerlas casi interesantes.

Por más que se llamase amiga, Mad. Daubray no lo era en rigor para Mad. Montclar, á quien su extremado cariño para con su familia había impedido dar aquel nombre á casi ninguno de los que á ella pertenecían; pero la palabra «amistad» designa del modo más correcto esas relaciones algo superficiales que las damas de buen tono mantienen con mucho gusto. Las que aquel título se otorgan, van juntas al teatro, á los balnearios, á las estaciones marítimas, se encuentran en sociedad, se ven todos los días, hablan de las mismas personas y de los mismos sucesos. ¿Qué importa, por lo demás, que en el fondo para nada se preocupen unas de otras?

Viuda y lo bastante libre para ser independiente, Mad. Daubray estaba á todas horas dispuesta á ir á todas partes, con tal que no la retuviesen en otras. Al salir de una visita enojosa en casa de una parienta enferma, aquella señora sintió verdadera satisfacción en ver de nuevo á Mad. Montclar, á quien no pudo oportunamente acudir á ofrecer consuelo cuando ocurrió la desgracia por estar retenida en Cannes.

El placer que tuvo en conocer á Mad. de Beaurand, tan interesante y tan bella, fué vivísimo. En cuanto á lo que se murmuraba, no se había enterado de ello, pues desde hacía seis meses había estado en París sólo el tiempo preciso para cambiar las ropas de invierno por las de verano.

Después de una larga conversación con madame Montclar, la recién venida se dirigió á la playa para orientarse, lo que no tardó en lograr, pues no habían transcurrido veinte minutos, cuando había encontrado ya cinco ó seis personas conocidas suyas. Al poco tiempo, desde su balcón, en el que pasaba largos ratos, pudo verla Estrella sentada en medio de un grupo del que formaba parte Mad. Barriere, cuyas hijas estaban no lejos de ella bañándose.

Las lenguas se movían, las cabezas se acercaban unas á otras; dos ó tres veces notó la joven viuda que se dirigían hacia el hotel miradas curiosas: se hablaba seguramente de ella. Esta idea le hizo experimentar la horrible sensación que produce saber que nos está destrozando moralmente un prójimo á quien no se puede abordar, al que no hay medio de pedir explicaciones. ¡Tener la seguridad de que se discute nuestra reputación y no poder reclamar ante nadie, porque lo impide la calumnia, imposible de detener, puesto que su autor es anónimo y su vehículo el cómodo «se dice», cómplice de todas las perfidias, de todas las mentiras y de todos los ultrajes! Estrella había conocido este sufrimiento y creyó haber acabado con él al primer golpe. Se engañaba; el porvenir tenía el encargo de demostrárselo.

Cuando llegó la hora de la comida, Mad. Daubray, que debía sentarse á la mesa de su amiga, se presentó en las habitaciones de ésta, siempre sonriendo, pero notándose en ella cierta reserva con respecto á Mad. de Beaurand. Esta, con su impresionabilidad de sensitiva, notó al instante el cambio, encerrándose en una frialdad altanera, que produjo en la recién venida deplorabilísimo efecto.

La especie de paz armada que entre ambas se había declarado, duró dos ó tres días, sin que la notase Mad. Montclar, á quien distraía la satisfacción de haber encontrado una compañera amante de sus costumbres. Una tarde, sin embargo, no pudo menos de observar que entre su amiga y su sobrina distaban mucho de ser cordiales las relaciones.

—¿No simpatizas con Mad. Daubray?, preguntó la anciana á Estrella, que apoyada silenciosamente en el antepecho del balcón, procuraba olvidar sus pesares contemplando el horizonte.

—No he formado juicio acerca de ella, pues la he tratado muy poco aún, respondió la joven entrando en el salón. Soy yo, por el contrario, la que temo no haberle sido simpática.

—Pero ¡Dios mío!, ¿en qué habéis podido discrepar para que no os entendáis?, dijo Mad. Montclar muy sorprendida.

Pareciéndole que había llegado el momento de hablar, á despecho de todo el interés y compasión que la inspiraba la anciana, Estrella la miró con dulzura, colocando suavemente su mano sobre la que aquélla le alargaba.

—Querida tía, dijo la joven, hasta aquí me ha cobijado usted bajo su protección; pero creo llegada la hora en que su empeño va á ser muy difícil. He sido calumniada, bien lo sabe usted; lejos de detenerse, la calumnia ha seguido su camino y sus ecos han llegado hasta su amiga. Esto es todo.

—¡Estrella, eso no es posible!, exclamó madame Montclar llena de terror.

—¡Pregúnteselo usted á su amiga!

—¡Cómo! ¿Quieres que le pregunte?..

—Quiero que sepa usted, querida tía, lo que sufro desde hace más de una semana, y el peligro á que usted se expone protegiendo á una viuda como yo. Se lo pido, se lo suplico..., pregúntele usted...

Después de algunos instantes de vacilación, la anciana fué á llamar á la puerta de las habitaciones de Mad. Daubray, que estaban en el mismo piso que las suyas.

—Hábleme francamente, querida, le dijo. ¿Ha oído usted hacer respecto de mi sobrina alguna suposición desagradable?

Su amiga, que no era mala ni mentirosa, comprendiendo que la situación era grave, contestó afirmativamente.

—¿Quién ha podido entonces?..

—¡Todo el mundo!, contestó inocentemente madame Daubray.

XIV

Sólo á costa de grandes dificultades pudo madame Montclar obtener de su amiga las aclaraciones que deseaba. La experiencia de la vida que madame Daubray tenía, por mucha que fuese, no la había enseñado su deber para una circunstancia como aquella; así es que, cuando se trató de los detalles, se hizo arrancar literalmente cada una de las palabras que pronunció. Después de largo trabajo, las noticias que la anciana obtuvo podían resumirse diciendo que se acusaba á Estrella de haber asesinado á su esposo el día de la boda, pues los criados la habían visto salir del gabinete donde ocurrió el crimen con el traje ensangrentado.

Al oír semejante revelación, Mad. Montclar prorrumpió en carcajadas nerviosas que difícilmente podía contener; sin embargo, como mujer de talento que era, supo por el imperio de su voluntad imponerse á la crisis que la amenazaba, y prosiguió al cabo de algunos instantes con la mayor sangre fría.

—Todo lo que le han dicho á usted son paparruchas, y no hubiera debido darles crédito, ó cuando menos se hallaba usted en el caso de interrogarme á mí misma acerca de hechos que conozco mejor que nadie, puesto que no me separé de mi sobrina desde el momento en que salimos de la iglesia, hasta el en que, juntas, penetramos en el gabinete de aquel desgraciado...

Este recuerdo emocionó de nuevo á la anciana, quien calló algunos instantes para reponerse, aprovechando en tanto el tiempo su amiga para exclamar viéndose en un apuro:

—Pero, querida amiga, yo no he creído nunca esas horribles suposiciones. Colóquese usted, no obstante, en mi lugar... Es en extremo crítico encontrarse en tan directa comunicación con una persona á quien todo el mundo...

Mad. Montclar, un tanto desfallecida, la interrumpió diciendo con firmeza:

—Mi sobrina es bastante digna de compasión por el hecho de que la acusen los imbéciles, para que aumenten su desgracia los que tienen ocasión de juzgarla. Yo aseguro á usted que no hay una palabra de verdad en todo lo que le han contado, salvo en lo tocante á que en un acceso repentino de delirio, sin duda, pues no puedo comprenderlo de otro modo, mi pobre Raimundo se disparó un pistoletazo. Sin la malicia y la necedad de unos y otros, este triste suceso hubiera podido pasar por un accidente funesto; pero cuando se llega á creer suposiciones de criados... En fin, querida, espero que se servirá usted de las confidencias que acabo de hacerle para defender á la pobre Estrella, que harto desgraciada es.

—No lo dude usted, amiga mía, contestó madame Daubray mostrando gran pesar. ¡Dios mío! Si yo hubiera podido suponerlo...

—¿Qué hubiera hecho usted?, preguntó con alguna sequedad Mad. Montclar.

—¡No hubiera venido á Saint-Aubín, balbuceó aquella pobre señora, quien una vez se vió sola, se puso á llorar, profundamente condolidada de su propia suerte!

¡En realidad era motivo sobrado hasta para ponerse enferma el hecho de ir á Saint-Aubín con la idea de respirar los aires del mar, y verse de pronto envuelta en una cuestión tan abominable!

Mad. Montclar se volvió al gabinete de Estrella en el estado de ánimo que es de suponer. No era ya discutible que se abrigaban realmente sospechas; pero le parecían éstas tan odiosas, que rayaban en lo grotesco, siendo á su juicio, por lo mismo que eran absurdas, imposibles de sostener á poco que se reflexionara acerca de ellas, si bien no tardó en ha-

cerse cargo de que no suele pensarse por regla general en la verosimilitud de las calumnias, sino que se las admite sin discusión, á lo que deben precisamente su mayor fuerza.

Mad. de Beaurand esperaba á su tía sin temor alguno, pero dominada por cierta agitación producida por la idea de que al fin iba á saber de qué se le acusaba.

Su rostro mostró una expresión tan interrogadora cuando penetró en la estancia Mad. Montclar, que ésta dijo sin rodeos:

—Hija mía, dicen sencillamente que has dado muerte á tu esposo.

El semblante de Estrella no expresó ni la indignación, ni el horror que la anciana creía haber provocado en la joven, sino únicamente un desdén supremo que conmovió profundamente á Mad. Montclar, quien tomando á la joven de las manos, la atrajo hacia ella con un ligero movimiento lleno de nobleza.

—Tía, dijo la joven viuda, ¿eso le causa admiración? Yo estoy muy lejos de experimentar la menor sorpresa. ¿Acaso no hay que preverlo todo cuando de indignidades se trata?

—Eres una joven animosa, exclamó Mad. Montclar besando la pura frente de Estrella que se hallaba casi al nivel de la suya. Pero ¿sabes lo que han inventado? Difícilmente lo adivinarías. ¡Pretenden que tu vestido estaba lleno de manchas de sangre!

—¿Dicen eso?, contestó Estrella con voz un tanto alterada. ¡Tienen razón!

Mad. Montclar creyó por un momento que su sobrina había perdido el juicio.

—Tienen razón, repitió la viuda, mi vestido de viaje, el que llevaba aquel día, se manchó de sangre cuando me incliné sobre él. ¡Ah!, exclamó cubriéndose el rostro con las manos, que tenía heladas, ¿no tenían bastante con que se haya visto eso? ¿Se necesita todavía que esos miserables evoquen para mayor hurla el recuerdo de aquel horrible momento? ¡No, no: eso es demasiado!

La joven retrocedió algunos pasos como si aún estuviese ante sus ojos el cadáver de Raimundo.

—(Sobrina!, dijo Mad. Montclar, cuya garganta, oprimida por la emoción, apenas dejaba paso á las palabras. ¿Estás segura de lo que dices?

—Sí, cuando entramos en el gabinete, ¿se acuerda usted?, corrí hacia él, quise levantarle... ¿Acaso podía pensar en otra cosa en aquellos instantes?.. Era mi marido, había jurado amarle y seguirle toda la vida... ¡Ah! ¿Por qué no se me llevó adonde está ahora? ¡Cuántos pesares me habría evitado!

La joven retrocedió algunos pasos más y cayó en un canapé, presa de intensísimos sufrimientos físicos y morales.

Mad. Montclar, por el contrario, parecía haber recogido en su ser toda la fuerza que Estrella dejaba escapar, después de haber logrado por tanto tiempo contenerse.

—Estrella, escucha. Ese vestido...

—Era el de seda gris, el que dispuso usted que me hicieran para el viaje, porque á Raimundo le gustaba ese color... Sí, tenía algunas manchas de sangre... en todo el dobladillo... Yo no lo noté; mi camarera Betzy fué quien pocos días después me lo enseñó!..

—¿Qué has hecho de él?, preguntó Mad. Montclar.

—Hice quemar la parte manchada, y el resto... no lo sé. Creo que se lo dí á Betzy. ¡Oh! ¡Raimundo, Raimundo!

La joven se retorció los manos, desesperada. Su tía, con cariño y autoridad al mismo tiempo, se sentó á su lado, logrando sujetarla.

—Estrella, tranquilízate. Esa coincidencia es desgraciada, pero no constituye causa bastante para abatir un ánimo como el tuyo. Nadie mejor que yo puede saber la verdad, puesto que no me separé un momento de ti aquel horrible día... ¿Qué importa que te acusen, si la única que pudiera hacerlo en nombre del muerto soy yo, y tengo precisamente el deber de defenderte?

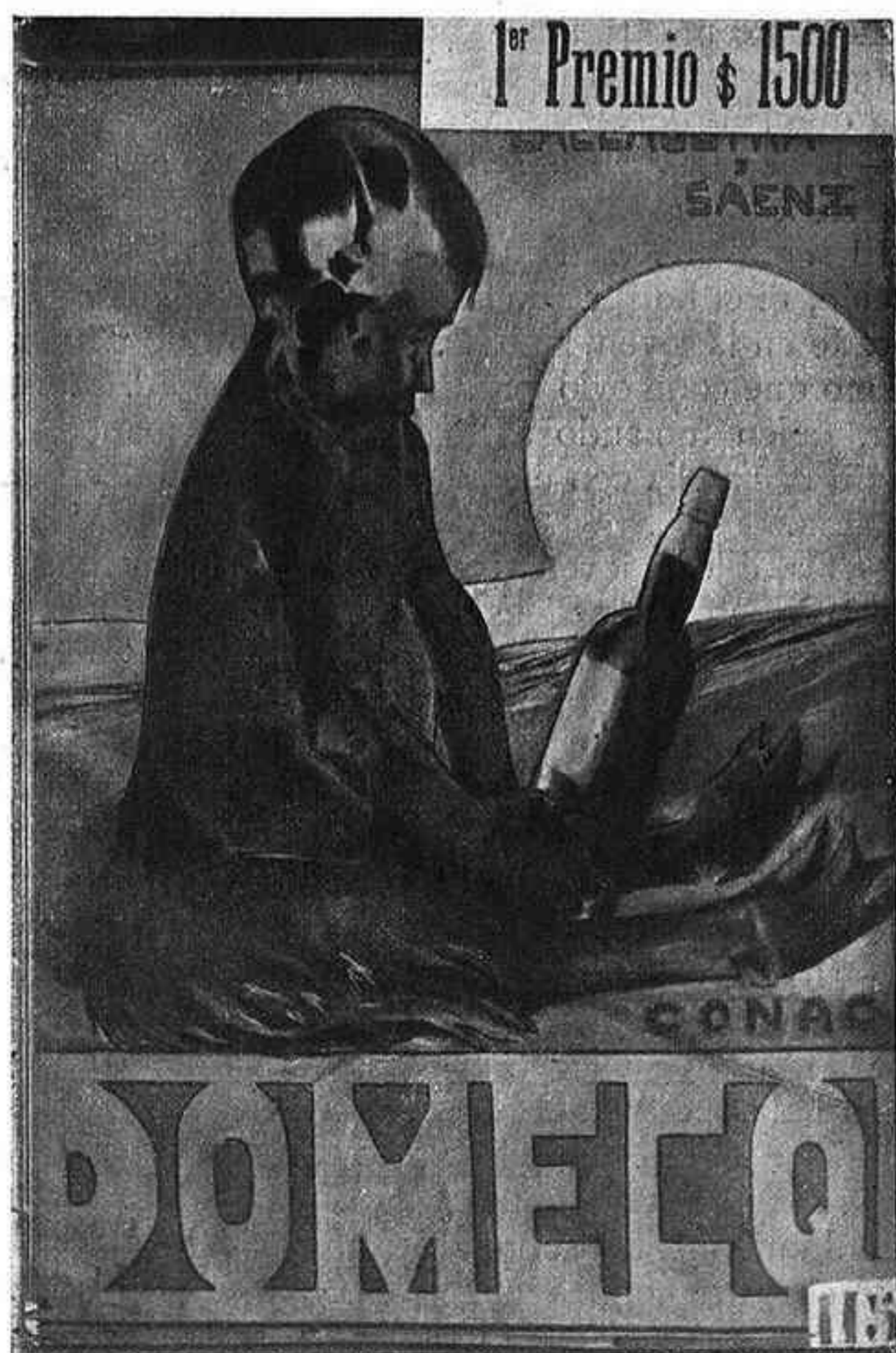
La imagen de Teodoro Benoist pasó veloz como un rayo por el ardiente cerebro de Estrella, quien sintiendo recrudescer su dolor, separó sus manos temblorosas de las de la anciana, diciendo:

—Tía, siempre que llegue el caso, puede usted asegurar que no he dado muerte á Raimundo, y es posible que la crean; pero jamás tendrá usted el medio de dejar probado que mi esposo no se mató por causa mía, por mí deshonora quizá. ¡Nadie puede probar esto, y hay quien lo cree! Pues bien: ¡juro á usted que preferiría que se me juzgase capaz de haberle asesinado, antes que se suponga que pude llevar al matrimonio una fe perjura de antemano!

(Continuará)

REPUBLICA ARGENTINA. - BUENOS AIRES. - CONCURSO DE CARTELES PARA ANUNCIAR EL «COÑAC DOMEQ»

Los Sres. Laclaustra y Sáenz, propietarios de la gran casa introductora de los afamados vinos de

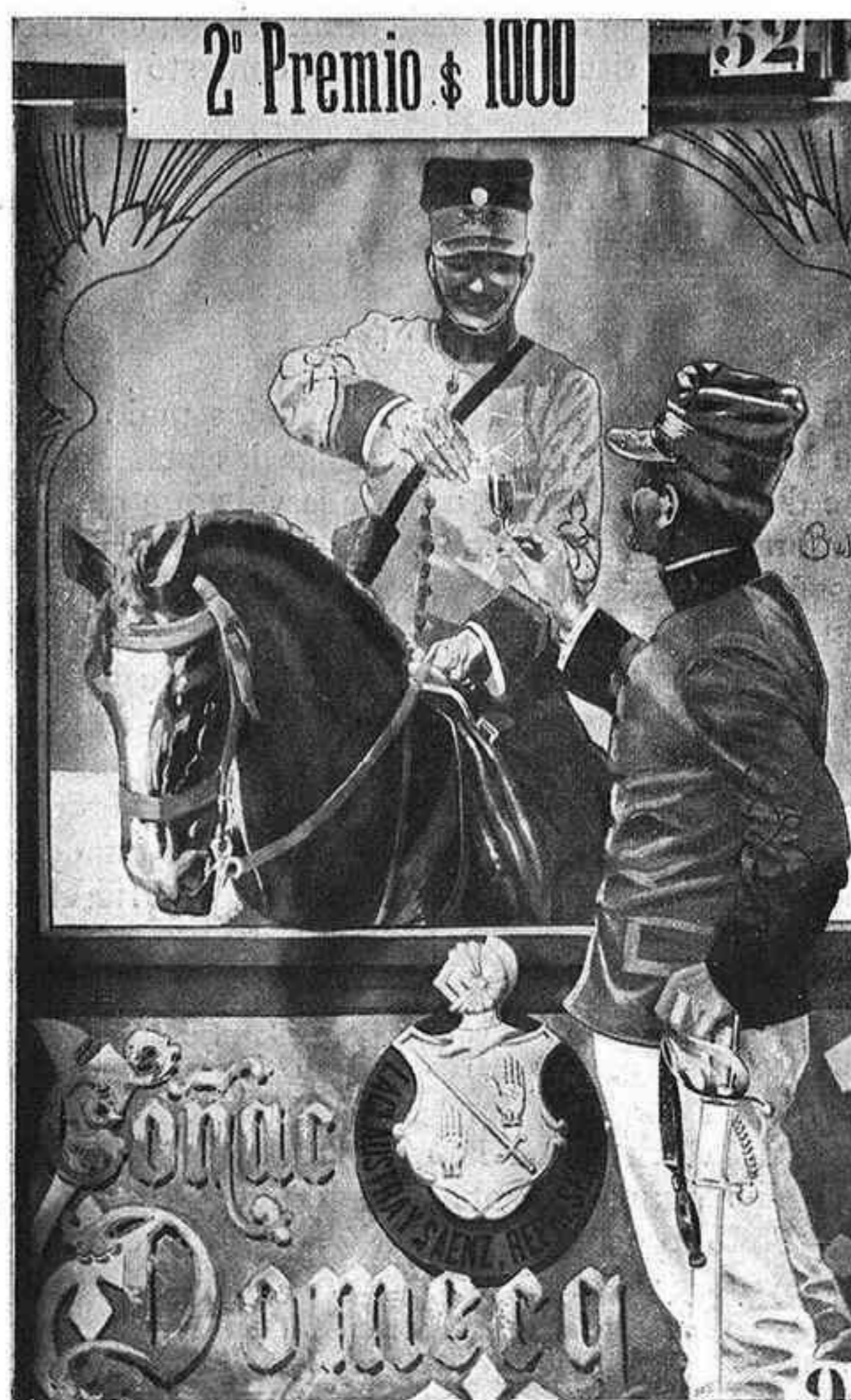


Cartel original del Sr. Jiménez, que obtuvo el primer premio

Valdepeñas y Rioja, y agentes de las principales bodegas del Norte de España, queriendo anunciar dignamente el famoso «Coñac Domeq» de la acreditada casa de D. Pedro Domeq, de Jerez de la Frontera, fundada en el primer cuarto del siglo XVIII, llamó a público concurso a todos los artistas residentes en Buenos Aires, para premiar los ocho carteles que más se distinguieran, según criterio del jurado nombrado al efecto; destinando cuatro mil pesos moneda nacional para premios.

Si éxito franco tuvo el primer certamen de carteles en la República Argentina, iniciado por nuestro paisano D. Manuel Malagrida y del que nos ocupamos debidamente en tiempo oportuno, no menor ha sido el segundo; llegando a 131 las obras presentadas que,

primero, si bien tenemos que hacer constar con la imparcialidad debida, que en aquél hubo mayor originalidad y que a éste concurren bastantes copias ó plagios, que afortunadamente el jurado supo distinguir y separar; resultando vencedores los ocho carteles que publicamos, debidos a los conocidos dibujantes Sres. Jiménez, Cao, Villalobos, Gaspary, Soto, D'Orlando, Eusebi y Sanuy. Los tres primeros, correspondientes a los premios de 1.500, 1.000 y



Cartel original del Sr. Cao, que obtuvo el segundo premio

500 pesos respectivamente, y 200 a cada uno de los cinco restantes.

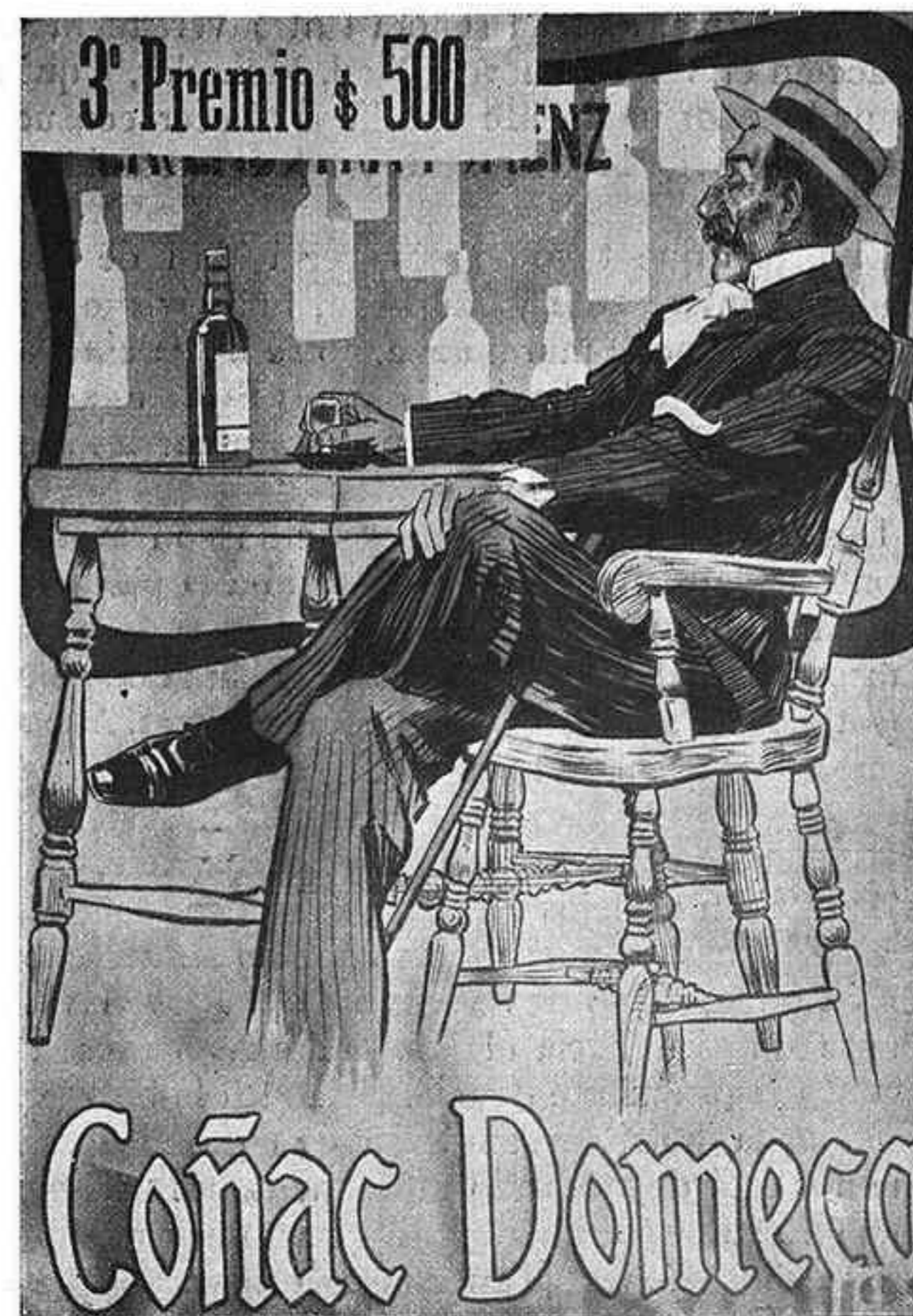
Los autores de estos carteles han sabido interpretar muy acertadamente el género artístico que tanta boga ha adquirido recientemente y han acertado a llenar de una manera acabada los requisitos espe-

anuncio. Por otra parte, el objeto de éste está representado de una manera clara dentro de las diversas tendencias adoptadas por cada artista.

Analícense uno por uno los carteles premiados y se verá que no son exageradas nuestras observaciones. Y se verá también que sus autores no se han ceñido a un patrón determinado, sino que sin dejar de atenderse a las condiciones del concurso, ha buscado cada uno por diversos caminos el efecto deseado.

Jiménez se ha mostrado buen modernista, produciendo una mancha de color acertadamente sentida y trazando con vigorosas líneas la figura del niño sátiro.

Soto ha utilizado con gran habilidad una escena del *Fausto*, en la que Mefistófeles presenta al viejo sabio el «Coñac Domeq» como el licor que devuelve la perdida juventud.

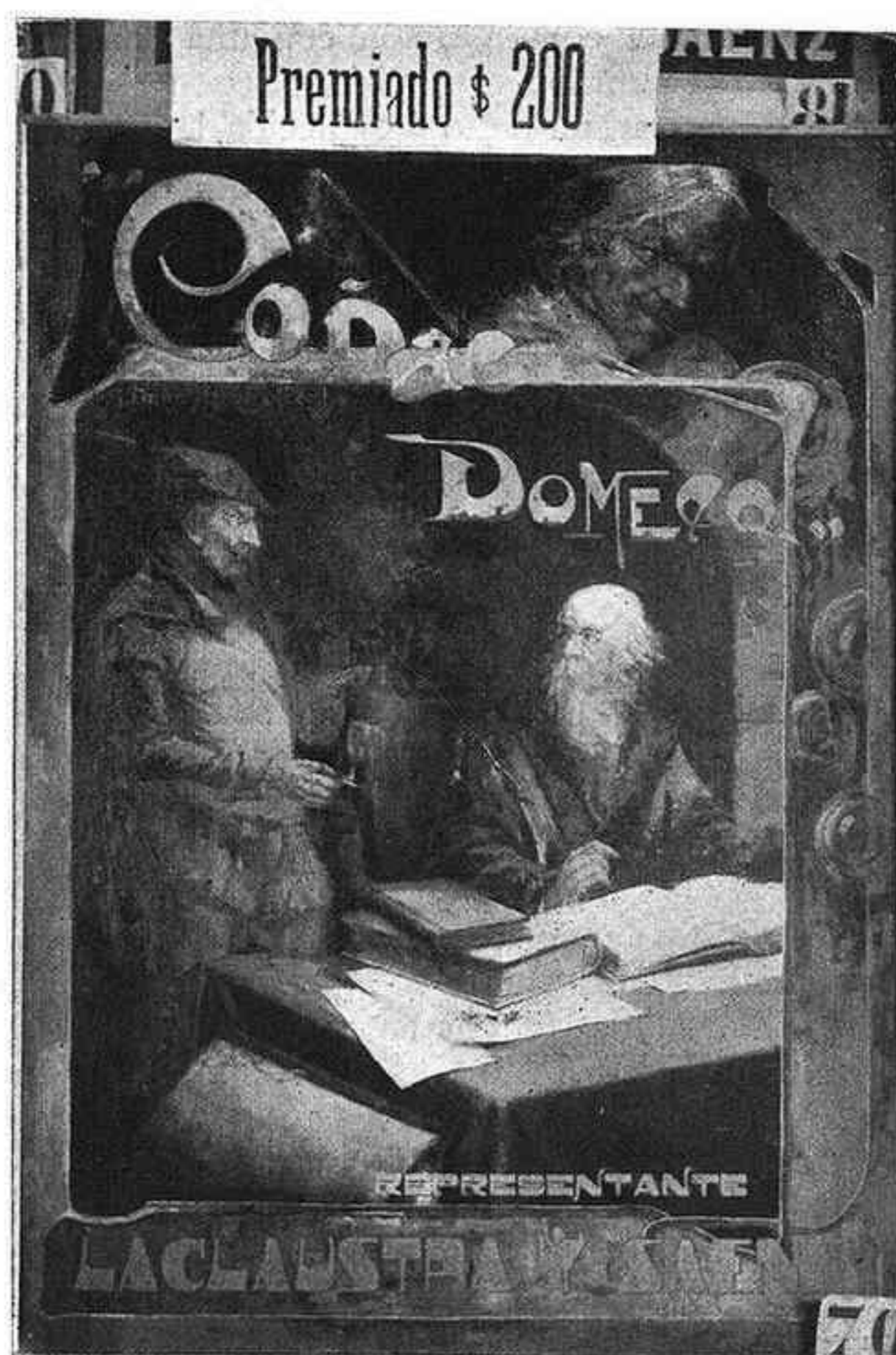


Cartel original del Sr. Villalobos, que obtuvo el tercer premio

Jiménez, Cao y Gaspary se han inclinado más al realismo, se han inspirado en escenas de la vida or-



Cartel original del Sr. Eusebi



Cartel original del Sr. Soto



Cartel original del Sr. Sanuy

en conjunto, tendían a cierta uniformidad artística en cuanto a mérito y procedimientos empleados; lo que indica que cuantos artistas han tomado parte en este, han tenido en cuenta las deficiencias del

ciales que debe reunir esta clase de composiciones.

Todas estas obras son llamativas en el buen sentido de la palabra, atraen forzosamente la atención y por su dibujo y su colorido obligan a fijarse en el

dinaria, y en sus carteles, así en el del militar que ofrece una copa de licor al compañero, como en el del caballero que sentado junto a una mesa contempla con expresión beatífica el precioso líquido sabo-

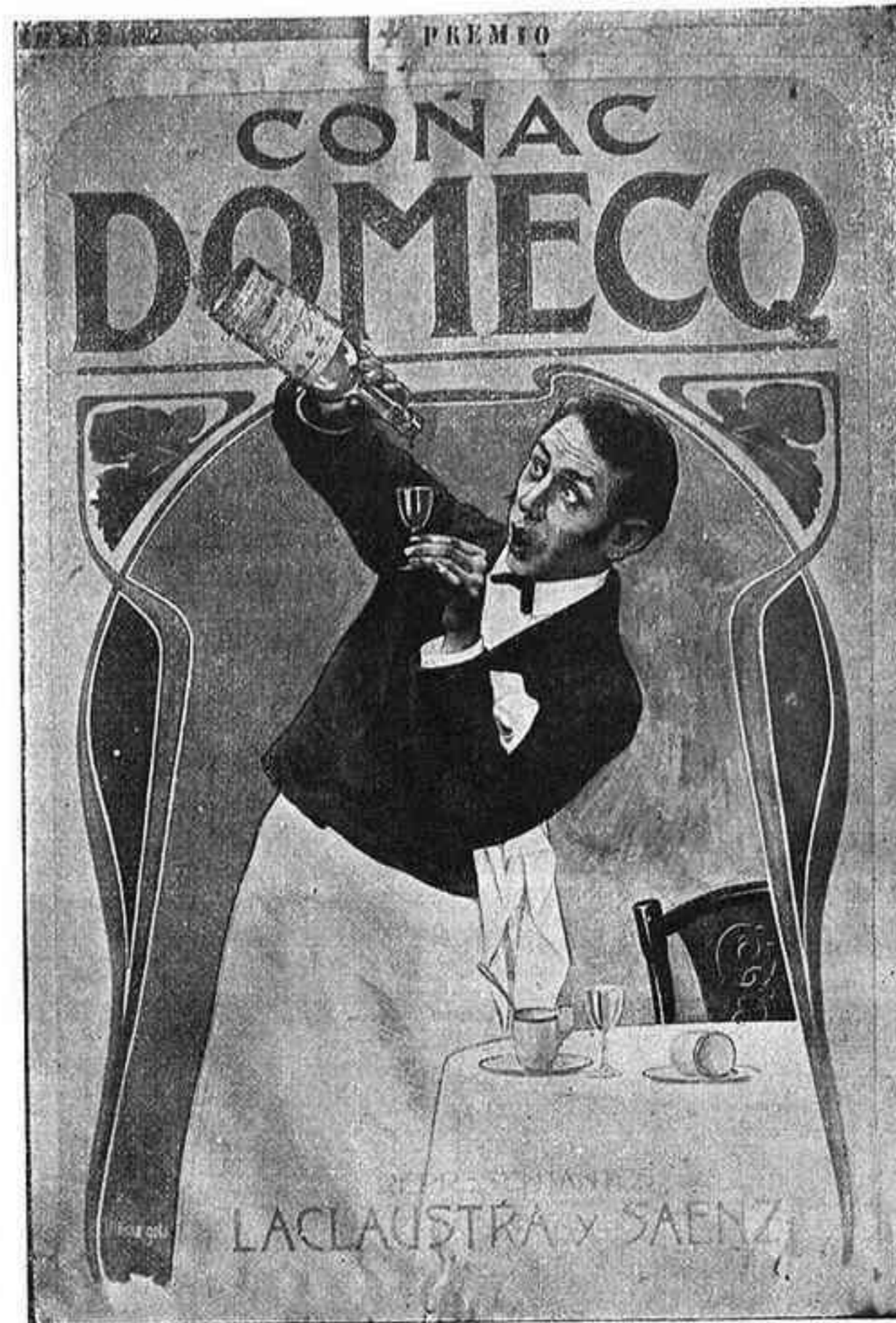
reándolo aun antes de probarlo, como en el del mozo de café que con cara de asombro y casi de espanto ve concluida la botella del coñac celebrado, se admira una observación directa del natural, una copia de la realidad perfectamente reproducida.

Eusebi, Sanuy y D'Orlando han dado en sus carteles preponderancia al elemento decorativo, sirviéndose de las figuras más bien que por el valor propio de las mismas como factores ornamentales.

El jurado lo formaban los señores D. Antonio Atienza, redactor de *La Prensa*; Carlos Gutiérrez, de *La Nación*; G. A. Manni, de *La Patria degli Italiani*; Emilio Vera, de *El Correo Español*; Manuel Mayol, director artístico de *Caras y Caretas*; Abel Elizagaray, jefe de la



Cartel original del Sr. D'Orlando



Cartel original del Sr. Gaspar, que obtuvo el cuarto premio

Oficina Municipal de avisos, y José Artal, notable crítico y organizador de las grandes exposiciones de pintura española en los salones de A. S. Witcomb.

Mucho nos complace ver que en la gran capital argentina han sido los comerciantes españoles quienes han iniciado esa especie de certámenes artístico-comerciales, y que por su trascendencia no dudamos que pronto tomarán carta de naturaleza, uniendo en abrazo estrecho la utilidad comercial con el buen gusto del anuncio, gran palanca para la mayor venta en lo moderno.

Nuestros plácemes, pues, á los Sres. Laclaustra y Sáenz por su acierto y nuestra enhorabuena á los artistas vencedores.

JUSTO SOLSONA.
Buenos Aires.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*; los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

HEMOSTÁTICA

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas **Afecciones del Corazon**, **Hydropesias**, **Toses nerviosas**, **Bronquitis**, **Asma**, etc.

Empleado con el mejor éxito

El mas eficaz de los **Ferruginos** contra la **Anemia**, **Clorosis**, **Empobrecimiento de la Sangre**, **Debilidad**, etc.

G **Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ**

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Ergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN

HEMOSTÁTICO el mas **POTEROSO** que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica.

Las **Grageas** hacen mas fácil el **labor del parto** y **detienen las perdidas**.

Medalla de Oro de la **Sociedad de Paris**

LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

Las **Personas que conocen las PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS**

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO

Pepsina Boudault

Aprobada por la **ACADEMIA DE MEDICINA**

PREMIO DEL INSTITUTO AL D'ORVISART. EN 1856

Medallas en las Exposiciones Internacionales de **PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS**

1867 1872 1873 1876 1878

EN EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS **DISPEPSIAS**

GASTRITIS - GASTRALGIAS

DIGESTION LENTAS Y PENOSAS

FALTA DE APETITO

Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION

BAJO LA FORMA DE

ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT

VINO. de PEPSINA BOUDAULT

POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT

PARIS, Pharmacie **GOLLAS**, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

GARGANTA VOZ y BOCA

PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los **Males de la Garganta**, **Extinciones de la Voz**, **Inflamaciones de la Boca**, **Efectos perniciosos del Mercurio**, **Irritacion que produce el Tabaco**, y especialmente á los **Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES** para facilitar la emision de la voz. — Precio: 12 RSUALES.

Exigir en el rotulo a firma

Adh. **DETHAN**, Farmaceutico en **PARIS**

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL ANIOL DE LOS RES

JORET HOMOLLE

CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F^{ca} **G. SÉGUIN - PARIS**

165, Rue St-Honoré, 165

TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las **gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago**, **estreñimientos rebeldes**, para facilitar la **digestion** y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE al Bromuro de Potasio

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del **corazon**, la **epilepsia**, **histeria**, **migraña**, **baile de S-Vito**, **insomnios**, **convulsiones** y **tos** de los niños durante la denticion; en una palabra, **todas las afecciones nerviosas**.

Fabrica, Expediciones: **J.-P. LAROZE & C^{ie}**, 2, rue des Lions-St-Paul, á Paris.

Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

PILDORAS BLANCARD

con **Yoduro de Hierro inalterable**

Aprobadas por la **Academia de Medicina de Paris**, etc.

Contra la **ANEMIA**, la **POBREZA de la SANGRE**, el **RAQUITISMO**

Exigirse el **producto verdadero y las señas de BLANCARD**, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PILDORAS BLANCARD

con **Yoduro de Hierro inalterable**

Aprobadas por la **Academia de Medicina de Paris**, etc.

Contra la **ANEMIA**, la **POBREZA de la SANGRE**, el **RAQUITISMO**

Exigirse el **producto verdadero y las señas de BLANCARD**, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PILDORAS BLANCARD

con **Yoduro de Hierro inalterable**

Aprobadas por la **Academia de Medicina de Paris**, etc.

Contra la **ANEMIA**, la **POBREZA de la SANGRE**, el **RAQUITISMO**

Exigirse el **producto verdadero y las señas de BLANCARD**, 40, Rue Bonaparte, Paris.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO

PASTILLAS y POLVOS PATERSON

con **BISMUTHO y MAGNESIA**

Recomendados contra las **Afecciones del Estómago**, **Falta de Apetito**, **Digestiones laboriosas**, **Acedias**, **Vómitos**, **Eructos**, y **Cólicos**; regularizan las **Funciones del Estómago** y de los **Intestinos**.

Exigir en el rotulo a firma de **J. FAYARD**.

Adh. **DETHAN**, Farmaceutico en **PARIS**



Cabrero murciano, cuadro de Manuel Benedito. (Exposición Robira, calle de Escudillers)

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjase para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 96, Barcelona

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BIN BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DE LABARRE

El único Legítimo
VINO DEFRESNE
 con
PEPTONA
 es
 el más precioso de
 los tónicos y el mejor
 reconstituyente.
 PARIS : 4, Quai du Marché-Neuf
 Y EN TODAS FARMACIAS.

HARINA lacteada NESTLÉ

Proveedor
 de la
 Real Casa



26 Diplomas
 de Honor.
 31 Medallas
 de Oro

ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS

Recomendado desde hace 35 años
 por las Autoridades Médicas de todos los Países.
 Contiene la leche-pura de los Alpes Suizos.
 Pídase en todas las Droguerías y Farmacias.
 Para pedidos dirigirse á
MIGUEL RUIZ BARRETO
 Jerez de la Frontera.

Frasco 5 fr. en París
PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa
 PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso
 CANDES et Co. St-Denis, 16

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero
 Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida
 curación de las Afecciones del
 pecho, Catarros, Mal de gar-
 ganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos,
 Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de
 este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
 Exigir la Firma WLINSI.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

**COLORES PÁLIDOS
 AGOTAMIENTO**
**GRAJEAS Y ELIXIR
 RABUTEAU**
 El mejor y más económico
Ferruginoso.
 CLIN Y COMAR, PARIS. — En todas las Farmacias. 654

CREMA y POLVO CHARMERESSE HIGIENE y HERMOSURA de la TEZ
 DÜSSER, 1, Rue J.-J. Rousseau, PARIS
 Se vende en las principales Barberías, Perfumerías, Farmacias y Bazares.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN